

El SILENCIO de HELIÓN
ROBIN CAROL
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

EL SILENCIO DE HELIÓN

Colección: Luchadores del espacio 117
ISBN: 5705547533428
Generado con: QualityEbook v0.59

CAPÍTULO I



La llegada a Helión de los expedicionarios trayendo liberados a Wellington y a su ayudante, constituyó una apoteosis.

El Gran Consejo del Sistema Solar se reunió rápidamente, ante el cual Courton y Wellington hicieron un relato detallado de todo lo ocurrido, exponiendo sus respectivos puntos de vista. La

expectación fue enorme.

Se estudió la situación, se levantó el consiguiente informe y, horas después, se reunían en sesión secreta los miembros permanentes del Consejo.

Al cabo de dos horas, no habiendo terminado todavía la sesión, fueron llamados Courton y Wellington para que comparecieran ante el Consejo. El profesor Scanipe presidía la reunión.

—Señores —comenzó Scanipe dirigiéndose a los dos hombres que permanecieron de pie en el centro de la sala—, demasiado conocen ustedes lo que son las leyes de la gravitación, las experiencias que se han realizado en los últimos años sobre estas materias y las nuevas teorías acerca de las líneas magnéticas que cruzan el Universo. No vamos a entrar en detalles, el tiempo apremia, simplemente que el gran interruptor del cual ustedes tienen noticias, ha sido conseguido y está listo para ser empleado.

»Poco margen de seguridad de tiempo nos queda, pero el suficiente para realizar, o intentar realizar, la salvación del Sistema Solar y, por lo tanto, de la vida de nuestra larga y dilatada civilización.

Hizo una pequeña pausa y, después de este corto preámbulo, continuó.

—La acción ha de ser rápida, eficiente y con absoluto sentido de la responsabilidad y esta misión, la más importante de toda la Historia, ya que la amenaza es total, por acuerdo unánime de este Consejo permanente, recae sobre usted, comandante Courton… usted ha sido designado. ¿Tiene algo que alegar?

—En absoluto, profesor —respondió impasible Courton.

—En cuanto a usted, Wellington, se encargará de realizar, en el plan general de esta misión, la parte sustancial más difícil: la de llamar la atención sobre usted del mayor número posible de fuerzas de Andrómeda para que el comandante Courton pase desapercibido y pueda realizar libre y sin interferencias su cometido. Courton irá solo, usted dispondrá de la mitad de las fuerzas siderales de Helión… El general Balbroock les ampliará detalles… Nada más señores.

* * *

—¿Alguna duda más, amigo Courton? —preguntó sonriente el general Balbroock.

—No, mi general.

—Piense que dentro de unos instantes ya no podrá hacerme ninguna pregunta. Esta astronave es como una celda incomunicada; ni transmisores, ni receptores. El aislamiento absoluto.

—Si surgiese alguna duda se lo preguntaría a la vuelta —y Courton sonrió.

—Bien, veo que se siente usted optimista… Eso me gusta. Y ya sabe, el gran interruptor funciona automáticamente. Cuando llegue al punto cero, es decir, a la mitad exacta entre el límite del Sistema Solar y el brazo N de Andrómeda, no tiene más que apretar el botón rojo de esta pequeña pantalla y el trabajo se hará solo. Después podrá comprobar el efecto con este otro aparato que le he indicado que mide la velocidad de fuga de cualquier cuerpo en el espacio.

—Perfectamente, mi general.

Balbroock consultó el reloj de a bordo.

—Bueno, amigo Courton, siempre le he deseado suerte… ahora, le deseo mucha más.

Lo estrechó con un abrazo emocionado y abandonó la astronave sin volver la cabeza.

Courton permaneció en mitad de la cabina de mandos con los brazos cruzados, pensativo, hasta que los indicadores automáticos señalaron que la puerta exterior de la astronave había sido totalmente cerrada.

Con paso resuelto se encaminó hacia la pantalla de imagen corta y, rodando uno de sus mandos, la puso en funcionamiento.

La pista interior de Helión, sobre la que descansaba la astronave más moderna construida por el GCG para la misión más importante de todos los tiempos, había sido totalmente despejada.

Courton fue recorriendo, con la pantalla de imagen corta, el exterior de la astronave sin que descubriera ser humano alguno y, de pronto, a sus espaldas, se oyó la voz clara y timbrada de Balbroock por el transmisor de sonido negro.

—¿Preparado, amigo Courton?

Nuestro comandante se volvió con presteza y sonrió.

Bien sabía que no le era posible comunicarse con el general, pero pensando que le estarían observando por la pantalla de imagen corta, hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Bien, amigo Courton… Vuelvo a desearle suerte y un feliz retorno. Corto.

Courton hizo un saludo de despedida con la mano y el transmisor de sonido negro se desconectó automáticamente quedando en el más absoluto silencio.

En el cuadro de mandos de la astronave comenzaron a encenderse y a apagarse, intermitentemente, luces de varios colores, comprendiendo Courton que los impulsores del aparato habían sido puestos en marcha desde la gran torre de control.

Cesó el juego de luces en el cuadro de mandos y Courton volvió la cabeza hacia la pantalla de imagen corta para comprobar si la astronave se deslizaba ya sobre la pista.

En efecto, con rapidez fantástica pasaban las imágenes del exterior de la astronave por la pantalla y, a los pocos segundos, remontando la rampa de despegue, salió disparada a los espacios interplanetarios la majestuosa astronave, camino de la aventura más audaz, peligrosa e importante de la Historia.

Solo, como un puntito insignificante perdido en la vastedad de los espacios siderales, tendría que viajar sobre millones de kilómetros, en el más absoluto silencio, sin saber exactamente qué era lo que iba a pasar. Sólo una gran esperanza y la desesperación de la lucha por la supervivencia impulsaban el espíritu de aquella astronave, que era Courton, con el mayor sentido de la responsabilidad y al mismo tiempo temor por la posibilidad de fracasar.

Rápidamente apartó todos estos pensamientos de su cerebro y se dedicó, con la mayor atención, a comprobar y revisar todos los aparatos de a bordo. «Sólo en el cumplimiento del deber se encuentra la paz espiritual y, muchas veces, casi siempre, la liberación del miedo, del temor o de la duda», pensó Courton.

Pero, de repente y sin poderlo evitar, con una fuerza superior a cualquier propósito, la imagen de Eveline le vino a la memoria inundando sus sentimientos la nostalgia, evocando su grácil figura y su deliciosa voz. Courton se estremeció ante aquel recuerdo.

De pronto, iluminado súbitamente su rostro por un sentimiento

impetuoso, consciente de que nadie le oía, como un reto a su soledad, brillantes los ojos y una sonrisa de felicidad en sus labios, gritó entusiasmado.

—¡Eveline, vida mía…! ¡Te quiero, te amo, y en cuando vuelva a Helión, me he de casar contigo! Sí, me he de casar contigo, aunque se me pongan diez mil constelaciones por delante.

Lleno de juvenil entusiasmo, de un salto, se plantó delante de la pantalla de imagen corta localizando Helión.

Allí había quedado la muchacha de ojos negros, pelo rubio y aquella su boca inolvidable… No había tenido tiempo para despedirse de ella… ¿Qué pensaría en aquel instante?

Miró el reloj de a bordo… Cinco minutos escasos hacía que había partido de Helión.

Volvió a comprobar nuevamente el piloto automático, puso en funcionamiento la pantalla sidero-fotoscópica y vio que, en efecto, un nuevo pequeño cerebro electrónico complementario corregía constantemente la ruta de la astronave al que obedecía, instantáneamente, el piloto automático.

Realmente poco trabajo había que hacer allí, todo funcionaba automáticamente, hasta la reparación de un aparato lo hacían otros aparatos… La tecnología estaba tan adelantada, poseía una magia tal que el hombre, difícilmente, se veía obligado a hacer el más pequeño esfuerzo físico.

Todo era fácil y posible en su aspecto realizable, pero Courton nunca supo qué pensar, si aquello era la felicidad o una desgracia. La técnica avanzaba, constantemente. Una carrera desenfrenada, sin límite ni medida. Conforme se iban sucediendo los descubrimientos el horizonte aumentaba, más y más, hasta un extremo que, de no haber existido aquel peligro de la amenaza de Andrómeda, todo hubiera carecido de sentido.

No obstante, la técnica y la ciencia eran una realidad tan concreta, tan sólida, tan inmutable, que con sentido o sin sentido había que aceptarlas.

Todo lo demás era absurdo y especulación puramente mental y, lo más sensato, en el caso de que no se le encontrara sentido, era buscarlo o inventárselo. Pues en el fondo, como resumen a una verdad incuestionable es que la ciencia y la técnica eran absolutamente ineludibles. Formaban tanta parte de la vida que

eran la vida misma y… nadie tenía la culpa.

Nuevamente volvió a pensar en Eveline. Le asaltó la nostalgia, el ansia de presencia de aquella joven rubia y se puso a pasear, algo nervioso, por el centro de la cabina.

Si al menos tuviera allí a Luiggi y Dick, pensó, podría hablar con ellos, ordenarles cosas… pero sin un contacto humano durante tantas horas…

Si al menos hubiese tenido algo qué hacer… pero allí, en aquella maravillosa astronave, todo funcionaba automáticamente, cualquier cosa que ocurriese le sería avisada automáticamente, al instante, a la décima de segundo.

Trataría de pensar, se dijo. Y se sentó en uno de los dos sillones cerca de la pantalla sidero-fotoscópica.

De pronto, a la derecha de la pantalla, el detector interior de la astronave comenzó a señalar con una lucecita amarilla.

Courton la observó con cierto gesto distraído, sin hacerle pensar ni caer en el hecho en sí durante unos instantes, pero le vinieron a la memoria las indicaciones que le diera, antes de partir, el general Balbroock y dio un salto, alarmado, en su asiento.

No cabía la menor duda que alguien más, aparte de él, se encontraba a bordo.

Rápidamente se acercó a uno de los pequeños armarios que en uno de los laterales de la cabina había, y cogió con presteza una pistola de compresión electrónica.

Guardó silencio y prestó la máxima atención para descubrir si oía el más pequeño ruido.

Así permaneció, quieto, con el oído alerta, durante unos instantes, dirigiendo después sus ojos al detector interior.

La lucecita amarilla seguía encendiéndose y apagándose intermitentemente, silenciosa, pero al mismo tiempo, amenazadora.

«¿Quién sería el que se había ocultado en la astronave?»

Alguien de Helión, esto no le cabía la menor duda, pero ¿con qué propósito?

Esto es lo que no podía explicarse en aquel instante Courton.

Pero… ¿y si fuese algún hombre, espía de Andrómeda? Pensarlo era algo absurdo, casi imposible que así fuera, pero, en la situación actual, debido a la tremenda trascendencia que aquella astronave

tenía, todo podía ser posible, al menos así debía de pensar él; estaba en el deber de hacerlo, de pensar lo peor y lo más absurdo, pues toda medida, por muy extremada o absurda que fuera, en la situación actual debía de tomarse como lógica.

Courton tenía serios motivos, hasta la fecha, para abandonar toda metodología y dejarse llevar por su intuición.

Mas el problema era dónde estaría escondido fuese quien fuese.

Debía evitar que le atacaran por sorpresa, pues esto no podía consentirlo. Su sentido de la responsabilidad, de la tremenda responsabilidad que suponía el cumplimiento de aquella misión, tan llena de trascendencia, tan suprema para todos los hombres del Sistema Solar, le obligaba a tener que vencer forzosamente aquel inconveniente u obstáculo que se interfería en el camino del cumplimiento de su más alto deber.

Fuese lo que fuese, debía de obrar con extremada rapidez, con dureza, inexorable; hasta si era preciso con ferocidad. No tenía otra salida ni otra alternativa. Aquella misión debía de cumplirse por encima de todo. Cualquier procedimiento que emplease, cualquier hecho que se derivase de su actuación, por violento que pareciese, siempre sería lícito ante la magnitud del inmenso problema que se intentaba salvar. Y la salvación del Sistema Solar ni podía dejarse incumplida, ni tampoco demorarse. Había que llevarla hasta el final, cayese quien cayese.

Rápidamente extrajo de un pequeño cajón a la derecha de la pantalla sidero-fotoscópica un detector de bolsillo inframagnético y, moviendo una pequeña clavija, lo puso en funcionamiento.

Instantáneamente, la aguja magnética, señaló la puerta de la cabina. «Distancia del cuerpo humano, unos dos metros y medio», marcó.

Courton se sobresaltó «¡Cielos, quien fuera se encontraba detrás mismo de la puerta de la cabina!»

En unos segundos volvió a ser dueño de sus nervios y empuñando fuertemente la pistola de compresión electrónica, sin hacer el menor ruido, se acercó lentamente hacia la puerta.

Su gesto era enérgico, dura su mirada, apretadas sus mandíbulas y sus músculos en tensión, apretó con fuerza el pomo de la puerta y la abrió violentamente.

Un grito de sorpresa se escapó de su garganta.

—¡Eveline!

La figura esbelta y graciosa de la joven se destacó sobre el umbral de la puerta de la cabina.

Su bello rostro tenía una extraña expresión, mitad gozosa y mitad cohibida, mientras sus ojos miraban a Courton sorprendidos por haber sido descubierta.

Realmente iba a entrar en aquel instante en que Courton abriera la puerta violentamente y al verle armado y, con aquel gesto, se había asustado un poco.

—Por Dios, comandante, retire esa pistola —sonrió deliciosamente—. ¿Me deja pasar?

Courton aún no se había repuesto de la sorpresa y… de la emoción. Pues suponer que tenía un enemigo detrás de la puerta, quizá el más grande enemigo y encontrarse con Eveline, es decir, con la única persona en todo el Universo que más deseaba ver, era algo tan fuertemente emotivo que no pudo recobrarse tan fácilmente.

Aquello era una bendición del cielo o algo por el estilo. La felicidad acababa de entrar por aquella puerta.

Tiró la pistola sobre uno de los sillones y sonrió feliz.

—¿Pero de dónde sale usted? ¡Demonios! ¿Qué es usted especialista en esconderse en astronaves?

La joven rió gozosa celebrando la frase y, mirando profundamente a los ojos de Courton, se dejó caer en uno de los sillones de la cabina.

—No lo sé… Lo único que puedo asegurar es que lo que me propongo, tarde o temprano, acabo consiguiéndolo.

Courton quedó algo perplejo por la respuesta. Tal vez las palabras de Eveline no tuviesen más valor que el de un comentario general, pero ¿qué otra cosa podrían significar? Courton no sabía si la joven estaría enamorada de él, pero de no ser así, ¿qué otro significado podía tener la presencia voluntaria de la joven en la astronave?

De todas maneras, no quería juzgar su situación ante la chica con demasiado optimismo y se abstuvo de pensar en el problema.

—Bien, no dudo de su tenacidad y de su tesón, señorita Eveline…

—¿Por qué me llama «señorita Eveline»? —cortó la joven.

—¿Cómo he de llamarla, pues?

—Me refiero a que me trata usted siempre con cierto ceremonial. Me gustaría que entre nosotros hubiese más confianza.

—Bien… Eveline, como usted quiera… Por mi parte encantado.

—Oiga, André… ¿no es éste su nombre?

—Sí, en efecto… André Courton.

—Pues, verá… tal vez le parezca extraña mi presencia aquí.

—Eso no importa. Lo único que puedo asegurarle es que me encanta y celebro extraordinariamente que esté usted aquí.

—Entonces, ¿no es preciso que le dé a usted una explicación?

—No es preciso, Eveline, me basta con su presencia.

Courton estaba de pie frente a la joven y Eveline le miró fijamente con sus ojos profundos.

—Te quiero, André… te quiero —susurró levemente la joven.

—¿Cómo…? ¿Qué dices…? ¡Repítelo, por favor!

La joven entornó los ojos, sin dejar de mirarle.

—Antes has dicho que te casarías conmigo, ¿es eso verdad?

Courton quedó perplejo y desconcertado.

—¿Cómo has podido oírlo?

—Conecté el receptor de la cabina de fondo.

Courton la miraba entusiasmado, a los ojos, a las mejillas, al pelo, a… sus labios. Y sin poderlo evitar, se dejó llevar por su impulso amoroso, por la atracción incontenible, apasionada, que le inspiraba la joven, cogió a Eveline por las manos y atrayéndola hacia sí la estrechó furiosamente entre sus brazos.

La joven no opuso resistencia; abandonada a los poderosos brazos de Courton, replegada y mimosa, cerró los ojos y echó hacia atrás su cabeza ofreciéndole sus labios. Y Courton la besó apasionadamente, con amor, con ardor, con toda su alma de hombre enamorado.

—Te quiero, vida mía… Te amo… Te querré siempre —susurró Courton al oído de Eveline.

Y dos lágrimas de felicidad corrieron gozosas y brillantes por las mejillas de la joven.

CAPÍTULO II

—NO debías haber venido, Eveline, ahora estoy intranquilo por lo que pueda pasarte.

—No, André; si algo ocurre nos ocurrirá a los dos juntos. Lo importante es esto: que nuestro destino ha de ser el mismo.

—Pero esto es una empresa arriesgada… Tú, en Helión, al menos, no corrías el menor riesgo.

—Ésta fue, precisamente, la razón que me impulsó a venir contigo, tu riesgo en esta misión. Cuando me enteré que partías solo y que, tal vez, no volviese a verte más… ¡Oh, André, no podía dejarte solo…! Lo que sea de ti ha de ser de mí también. ¿No lo comprendes?

—Sí, Eveline, sí, lo comprendo.

Y Courton volvió a estrechar a la joven tiernamente, preocupado.

Un corto zumbido a intervalos de tres segundos, avisó que se estaban acercando a la zona del punto cero.

—¿Qué es eso, André? —preguntó algo alarmada la joven.

—No es nada, simplemente que nos acercamos al límite teórico entre el Sistema Solar y el brazo «N» de la constelación de Andrómeda; nuestro campo de operaciones.

Courton se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica y la observó durante unos instantes. Después comprobó la lectura del cerebro electrónico automático y pulsó un pequeño botón verde en el cuadro de control de la pantalla.

Todo se iba cumpliendo con normalidad, pero conforme se acercaba el momento cumbre de disparar el interruptor magnético,

allá, en el fondo de su conciencia, un pequeño gusanillo bailaba y se movía produciéndole cierta intranquilidad. La sospecha, el miedo al error, el temor a lo desconocido eran elementos demasiado sutiles y que jugaban coquetamente con su sentido de la responsabilidad.

«Es natural», pensó, y dejó todos estos pensamientos y aprensiones a un lado.

Resueltamente, seguido en silencio por la mirada encendida y cariñosa de Eveline, se acercó al cuadro general de mandos y control de la astronave y comprobó que los impulsores habían dejado de funcionar y que la nave se movía en el espacio por su fuerza inercial.

Poco a poco iría perdiendo velocidad y, dentro de unos minutos, se encontraría en el límite exacto, preciso, donde debía actuar el interruptor magnético. Es decir, en el teórico punto cero.

Nuevamente se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica y la observó con detenimiento.

—No me fío de tanta calma, Eveline.

—¿Y por qué no?

—No lo sé… No me gusta esta tranquilidad tan absoluta.

—Puede que Wellington haya cumplido perfectamente su cometido y que los hombres de Andrómeda hayan caído en la trampa.

—Es posible y me alegraré que así sea… Pero no estoy tranquilo.

—Amor mío —dijo Eveline acercándose y cogiéndole una de sus de sus manos tiernamente—. Ya verás cómo todo sale bien y, en cuanto volvamos a Helión…

—Nos casaremos inmediatamente. No te quepa la menor duda —cortó sonriendo alegremente Courton mientras cogía a Eveline por la cintura y la elevaba por el aire. La joven reía gozosa.

Comenzó a bajarla lentamente para darle un beso, pero un zumbido, algo más agudo que el anterior, sonó a sus espaldas en el cuadro general de control de la astronave.

Rápidamente dejó a Eveline y se acercó al cuadro general de mando y control. Leyó la lectura de los aparatos que lo integraban y comprobó el resultado del pequeño cerebro electrónico

complementario del cuadro.

—Nos encontramos en este instante en el punto cero, Eveline… Ha llegado el momento.

Eveline se le acercó completamente emocionada, nerviosa, ante la cercanía del gran acontecimiento.

—¿Qué hemos de hacer ahora? —preguntó ansiosa la joven.

Courton sonrió.

—Casi nada… Ahora verás.

Rápidamente comprobó la velocidad de la astronave: prácticamente nula, teóricamente la mínima.

Después pasó a comprobar la fuerza gravitatoria del Sistema Solar y del brazo «N» de Andrómeda en aquel punto. Los aparatos de control revelaron la misma en ambas partes, lo que significaba que era nula, cero.

Lo revisó con sumo cuidado todo y de repente la aguja del segundero del disparador automático del interruptor magnético comenzó a moverse.

Dentro de veinte segundos, el gran interruptor entraría en acción, y acordándose de las instrucciones del general Balbroock, Courton apretó con fuerza el botón rojo, conectando el disparador automático con aquel formidable aparato que tanto esfuerzo había costado y en el que tantas esperanzas se habían depositado.

La manecilla de aquel segundero se movía rítmica, inexorable, fría, mecánica, acercándose cada vez más al segundo veinte. Al gran momento.

Courton y Eveline la miraban fascinados, inquietos, con el ánimo suspenso y la respiración cortada por la emoción.

—¿Qué pasará, André?

—No lo sé, mi vida.

En aquel momento, la manecilla llegaba al segundo dieciocho, diecinueve… el próximo…

Una luz violeta, rojiza, iluminó violentamente el interior de la cabina, seguida de un horrísono chasquido, agudo y penetrante, que se prolongó por el exterior de la astronave, como si el Universo entero se rasgara. Violento, extraño, escalofriante, aterrador.

Las líneas magnéticas que cruzaban los espacios siderales habían sido rotas en un sector del Universo y la carga eléctrica de

un trozo de la constelación de Andrómeda había cambiado de signo.

Esto era, al menos, lo que debía haber ocurrido por la acción del interruptor magnético, siempre que los cálculos científicos hubiesen sido correctos y las teorías acerca del electromagnetismo del profesor Scanipe fuesen ciertas.

Courton se incorporó, lo más rápidamente que pudo, del suelo de la cabina sobre el que había caído violentamente por la sacudida y, algo aturdido, buscó con su mirada a Eveline.

En aquel instante, la joven, trataba también de incorporarse.

—¿Estás bien, Eveline…? ¿No te ha pasado nada?

—No, creo que no —contestó la joven mientras se levantaba ayudada por Courton.

Se miraron a los ojos, todavía pálidos sus semblantes por el susto, y, con un sentimiento de temor, se abrazaron agitados dando gracias a Dios por haber salido en bien de aquel extraño acontecimiento.

—Ahora, nadie ni nada nos separará —dijo Courton con la voz entrecortada por la emoción y el alivio súbito del pasado peligro, mientras la joven, en silencio, comenzó a llorar con cierta agitación, nerviosamente.

Courton se repuso después de unos instantes y, apartando a Eveline de su pecho, sonrió ya tranquilo mirándola a los ojos. La joven también se había serenado.

—Bien, todo ha pasado y, ahora a casa.

Eveline hizo un gracioso gesto afirmativo con la cabeza y sonrió tranquila. Courton continuó:

—Bueno, pero antes vamos a comprobar cómo ha quedado todo por ahí afuera.

Se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica y le echó un vistazo. Miró con más atención la pantalla y un gesto extraño ensombreció su rostro. Arrugó el entrecejo, apretó los labios y, rápidamente, miró la lectura del pequeño cerebro electrónico, todo alarmado.

—¿Qué sucede, André?

—No lo sé… Un momento.

Con presteza puso en funcionamiento el aparato para medir la velocidad de fuga de los cuerpos en el espacio y su asombro creció,

lanzando una exclamación.

—¡Vive el cielo! Pero si no es posible.

Rápidamente volvió a comprobar de nuevo sus observaciones y un gesto de desesperación apareció en su rostro. Eveline se asustó.

—Pero, ¿qué ocurre, André? ¡Por Dios santo! Explícate, ¿qué es lo que sucede?

—No perdamos la calma, Eveline —dijo sobreponiéndose con un esfuerzo Courton—. El asunto es grave, pero…

—Pero, ¿qué?

—A nuestro Sistema Solar es al que le hemos soltado sus amarras y corre en este instante por el espacio con una velocidad de fuga de más de doscientos mil kilómetros por segundo… Se aleja tan deprisa que no sé, casi seguro que no podremos alcanzarlo jamás.

—Entonces… Scanipe se ha equivocado.

—Al parecer, sí.

—¿Y cuál es nuestro destino?

—No tenemos más que dos caminos: o morir, o entregarnos a los hombres de Andrómeda.

—Pero… ¡Por Dios santo…! André, no es posible. Yo conozco al profesor Scanipe y me resisto a pensar que haya incurrido en un error tan tremendo.

—Sí, yo soy también de tu mismo parecer, Eveline, pero este aparato me dice lo contrario. La física, la técnica es fría, imparcial, sólo indica o determina fenómenos, hechos, no se equivoca.

—Sí, pero el hombre los interpreta y ahí es donde puede estar tu error… ¡Por Dios! Procede con método, vuelve de nuevo a revisarlo todo. Si quieres yo te ayudaré.

—No hace falta… Vamos a ver… empecemos de nuevo, y… como tú dices, procedamos con riguroso método.

Courton revisó y comprobó todo el mecanismo de la pantalla sidero-fotoscópica. Después, pasó a comprobar el aparato que medía la fuga de los cuerpos en el espacio y el cerebro electrónico, sin encontrar ninguna anomalía. Todo estaba y funcionaba perfectamente.

Eveline, junto a él, seguía todas estas comprobaciones con creciente ansiedad y nerviosismo.

La situación, si un milagro no venía a demostrar lo contrario, sería angustiosa y desesperada.

Después, Courton, comenzó a operar con el pequeño cerebro electrónico en combinación con el complementario de la pantalla y en relación a los datos que suministraba el diagrama de la misma y los del aparato medidor de fugas.

A cada comprobación, a cada resultado matemático, el rostro de Courton se ensombrecía paulatinamente creciendo su inquietud.

Courton se quedó por un momento quieto y pensativo. Eveline le miró en silencio, comprendiendo.

Apretó un botón y el cerebro electrónico dio el resultado final.

—Es evidente, ese aparato no ha mentido, nuestro Sistema Solar se aleja de nosotros a más de doscientos mil kilómetros por segundo.

—Entonces… ¿toda esperanza está perdida?

—Sí, Eveline, todo está perdido. Es mejor que aceptemos la verdad, así de frente, con valentía. No nos podemos permitir el lujo de engañarnos. Por mucha velocidad que pudiéramos imprimir a esta maravillosa astronave, jamás podríamos alcanzar a nuestro Sistema Solar; siempre nos llevaría ventaja. Sería una quimera.

Courton atrajo hacia sí a Eveline y la abrazó tiernamente. La joven apoyó su cabeza sobre el pecho de él.

—¿Y qué habrá sido de ellos, André, de todos los nuestros?

—No sé, Eveline; no sé lo que habrá podido pasar.

—¡Qué extraño…! Parece que el triunfo, que la victoria estaba en nuestras manos y de pronto…

—Todo cambia de signo… se fracasa.

—No, André, no. Perder no es fracasar… Simplemente, hemos perdido.

—Bien, pues, perdamos con elegancia, con valentía.

Eveline sonrió con cierta tristeza. Le agradaba el romanticismo de Courton. Se elevó sobre las puntas de sus pies y le dio un cálido beso. Courton la estrechó con fuerza entre sus brazos.

—Te quiero, André, te quiero más que nunca. Nada me importa lo que pueda pasar.

Courton la volvió a estrechar con ternura, con mimo, casi con tristeza, pensando con nostalgia en algo muy hermoso que no

podría realizarse.

Permaneció silencioso durante unos instantes ensimismado en aquellos pensamientos, con la mirada perdida sobre la pantalla sidero-fotoscópica y, de repente, se sobresaltó.

—¿Qué es eso? —preguntó en voz alta acercándose con presteza a la pantalla.

Un cuerpo había penetrado por el primer tercio del cuadrante de la derecha en dirección al centro de la pantalla.

Un punto opaco que se acercaba vertiginosamente a la astronave y que aumentaba de volumen a medida que la distancia se acortaba.

—¿Qué ocurre, André?

—No es nada… Me había olvidado de poner en marcha los impulsores y hemos sido atraídos por ese planeta de Andrómeda. Como verás, querida, en el espacio no se puede permanecer en reposo. Todo ha de estar en movimiento. Realmente el Universo es el movimiento absoluto. En esencia, es movimiento, movimiento puro.

Courton se acercó al cuadro de mandos y control de la astronave y dio contacto a los impulsores, pero los indicadores electrónicos permanecieron quietos.

—¡Demonios…! Esto no funciona —exclamó.

Volvió a hacer la conexión nuevamente, sin resultado, y pasándose la mano nerviosamente por el mentón, pareció reflexionar.

De nuevo intentó establecer la conexión, convenciéndose de la inutilidad de su intento. Alguna avería los había inutilizado.

Miró a la pantalla sidero-fotoscópica y comprendió que no tenía tiempo de intentar reparar la avería. Se acercaban con demasiada celeridad a aquel planeta de la constelación de Andrómeda.

Sólo cabía la esperanza de que funcionaran los impulsores de descenso, aquellos impulsores que toda astronave lleva como auxiliares en caso de avería.

Rápidamente conectó los impulsores auxiliares, lanzando un suspiro de alivio. Los indicadores electrónicos señalaron su perfecto funcionamiento.

—Menos mal… Creí que había llegado nuestro último momento.

—¡Qué susto me he llevado, André! —dijo suspirando, también, Eveline—. ¿Y no podemos hacer otra cosa?

—No tenemos más remedio que descender. No hay otra solución de momento. Una vez allí trataremos de reparar la avería.

—¿Y qué va a ser de nosotros, André?

—No lo sé, mi vida. Ya pensaremos la mejor solución.

Eveline trató de sonreír y mostrarse animosa, pero sus ojos revelaban una profunda tristeza. Todo el pasado de dos seres, todo lo que habían sido hasta aquel momento, había quedado roto, desconectado, por aquella gran catástrofe. Sin un pasado, difícilmente podrían construir un futuro. Y esto lo sabía perfectamente Eveline.

—Me muero de curiosidad por saber en qué planeta vamos a pasar unas pequeñas vacaciones —dijo la joven tratando de animar un poco aquella situación.

Courton sonrió.

—Exactamente, las primeras vacaciones que me tomo desde hace varios años… Bien, vamos a verlo.

Se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica, tomó ciertos datos de los cuadrantes de la misma, maniobró el pequeño cerebro electrónico y frunció el entrecejo.

—¡Atiza…! Si es el planeta Poliedrón.

—¡Cómo! —exclamó la joven sorprendida.

—Vaya… el mismo.

—Entonces, qué casualidad… Vamos a ser prisioneros de Kalo.

Courton lanzó una carcajada sonora, casi divertida.

—Me gustará ver qué cara pone cuando nos vea.

Eveline pareció reflexionar, y una duda ensombreció su rostro.

—¿Crees que nos separarán, André?

—No lo sé, Eveline. No sé lo que puede pasar… De momento, vamos a tratar sólo de salvar nuestras vidas. Ven, vamos a examinar de cerca a Poliedrón, pues, de seguro, que saldrán a recibirnos.

Se acercaron a la pantalla de imagen corta. Courton maniobró uno de los mandos del aparato y la pantalla se iluminó con una tenue luz azulada, casi fosforescente, apareciendo en uno de sus ángulos un sector de Poliedrón.

Courton situó la imagen de aquel extraño planeta de Andrómeda en el centro de la pantalla y corrigió el foco, dibujándose su fisonomía perfectamente. Courton lo observó con cuidado.

Después miró con cierta extrañeza hacia la pantalla sidero-fotoscópica y, dando unos pasos, se acercó a la misma accionando uno de los botones de la derecha.

—Me sorprende que no salga nadie a recibimos. No existe ni una sola astronave en el espacio.

—Tal vez no nos hayan visto, o no se hayan dado cuenta… Nuestra llegada es tan imprevista…

—No, Eveline, no. Eso es imposible… Te aseguro que es muy extraño… muy extraño.

Courton se quedó pensativo en el centro de la cabina, preocupado, perplejo.

—Bien —siguió, mientras se dirigía al cuadro de mandos y control—, trataremos de hacer un aterrizaje decente. Dime posición y velocidad de acercamiento, Eveline.

La joven tomó estos datos de la pantalla sidero-fotoscópica y se los transmitió.

Courton maniobró los mandos de los impulsores auxiliares y, conectando el automático, se acercó a la pantalla de imagen corta corrigiendo nuevamente el foco. Luego pasó a examinar la sidero-fotoscópica.

—¡Extraño, muy extraño…! Ni una sola nave ha salido a capturarnos.

Courton volvió de nuevo a la pantalla de imagen corta e hizo funcionar el teléfono. La visión penetró hasta la superficie del planeta recorriéndolo en todas direcciones.

—Parece deshabitado, como si nadie existiese sobre la superficie —comentó Eveline en voz alta.

Courton siguió recorriendo y examinando la superficie desolada del planeta, sin que pudiera descubrir nada que le hiciera suponer la existencia de seres vivos. Se acercaban rápidamente. La distancia que les separaba de Poliedrón era pequeña, escasa.

Courton cogió de la mano a Eveline y, ambos se sentaron en los sillones de la cabina, cogiéndose fuertemente a los brazos, y a los

pocos minutos, una sacudida estremeció a la astronave rodando Courton y Eveline por el suelo.

Habían aterrizado en Poliedrón, el planeta misterioso de la constelación de Andrómeda.

CAPÍTULO III

SOBRE la pantalla de imagen corta, Courton hacía desfilar todo el paisaje que rodeaba a la astronave inmovilizada sobre la superficie del planeta Poliedrón, donde, unos momentos antes, habían aterrizado sin ningún contratiempo. Los impulsores auxiliares de aterrizaje habían funcionado perfectamente.

—No lo comprendo —dijo preocupado Courton—. No aparece nadie. Da la sensación de estar esto deshabitado.

—¿Pero tú estás seguro de que estamos en Poliedrón, André?

—Completamente seguro… No me cabe la menor duda.

—Entonces, ¿a qué viene este misterio?

—No lo sé… Mira, ¿ves allá, al fondo de aquel valle…? Parece una ciudad, ¿no es cierto?

—Sí, es verdad… pero parece muerta; no hay señal de vida.

—¡Mira, aquello es una base militar! ¿Lo ves?

—Sí, no cabe duda.

—Vamos a verla más de cerca.

Courton accionó el telefoco de la pantalla y ésta ganó profundidad en la visión.

En efecto, era una gran base militar cruzada por amplias y enormes pistas de aterrizaje. A los extremos, y colocadas estratégicamente, se levantaban tres gigantescas y robustas agujas, especie de monolitos de aspecto metálico.

—Deben ser las torres de mando y defensas —comentó en voz alta Courton.

Eveline asintió con la cabeza.

—Lo que me asombra es la nitidez del paisaje —dijo la joven—. Es abrupto, áspero y fantasmal, pero tiene un cierto sabor romántico que me encanta.

Courton sonrió.

—Puede que así sea… pero, para nosotros, resultará muy incómodo. La nitidez del paisaje se debe a la carencia absoluta de atmósfera; esto también hace que tenga una luz, como tú dices, fantasmal. Aquí la luz ni es filtrada ni retenida, como lo sería si tuviese atmósfera, por eso el cielo es tan oscuro, casi negro.

—Puede que sea la novedad, pero me gusta.

Courton se retiró de la pantalla.

—Bueno, vamos a ponernos los trajes espaciales y salgamos un poco a echar un vistazo.

Courton ayudó a Eveline a ponerse su vestido y le aseguró bien la escafandra de cristaloplasto. Después, se puso el suyo y conectó el intercomunicador.

—¿Qué piensas de este planeta abandonado, André; de esta falta de seres vivientes?

—No me lo explico; por mucho que pienso en ello no acierto a comprender por qué causa han abandonado este planeta… Porque lo que es evidente es que, hace unos días, estaba habitado, al menos por Kalo y tres hombres más, como mínimo.

Courton se ciñó a la cintura la pistola de compresión electrónica y, después de poner en funcionamiento el automático del mecanismo que cerraba y abría el escotillón exterior de la astronave, abrió el escotillón y salieron fuera.

El paisaje era desolador. Montañas gigantescas rodeaban el horizonte y, a sus pies, se abría un profundo valle cubierto de una espesa vegetación nervuda y primitiva. La vegetación era escasa y de un tono color rojizo llegando, en algunas zonas bajas, a tener un color amoratado, sucio.

Desde la extensa meseta donde habían aterrizado, casi llana, de suelo duro y de profusas resquebrajaduras, a la derecha divisaron otra base militar con varias torres y cruzada, igualmente, de pistas de despegue y aterrizaje.

Pero sobre ésta y la otra que habían descubierto primeramente, no se veía ni una sola astronave ni elemento alguno que hiciera

suponer la existencia de seres vivos.

Courton oteó el espacio. Nada; tan solitario como la superficie de aquel planeta.

—Tanta soledad me causa cierta tristeza —dijo Eveline cogiéndose mimosa del brazo de Courton.

Ambos echaron a andar en dirección a la base militar que descubrieran a su derecha.

—Vamos a realizar una pequeña exploración, y cuando volvamos, procederé a reparar los impulsores —dijo Courton.

A los pocos minutos llegaron a la base, desierta y solitaria, encontrando abierto y libre el acceso a las torres de mando y a las instalaciones subterráneas.

Lo recorrieron todo. Alojamientos, viviendas, instalaciones militares, depósito de, al parecer, aprovisionamientos. Aparatos y objetos extraños a Courton se extendían por doquier, no sin mucho desorden.

—¿Qué habrá ocurrido aquí…? Da la sensación de que ha sido abandonado todo esto con cierta precipitación —comentó pensativo y preocupado Courton.

Eveline se encogió de hombros.

Subieron a la torre de mandos y comunicaciones. La sala central era espaciosa y ordenada. Courton descubrió que, entre aquellos aparatos extraños a su conocimiento, había uno que le pareció un transmisor. Se acercó y, después de ciertos tanteos, logró ponerlo en funcionamiento. Courton bromeó.

—Eveline, ya que no tengo a quién enviar un mensaje te lo voy a enviar a ti.

Y comenzó a transmitir piropos a la joven. Ambos, dada la paradoja de la situación, comenzaron a reír. Eveline le abrazó cariñosa.

—«Eres la mujer más bonita del Universo, la muchacha más simpática de todas las constelaciones… Te quiero, te amo.»

Volvió nuevamente a transmitir Courton, cerrando, mientras reían, el aparato transmisor.

—Instalaremos aquí nuestra residencia de verano. ¿Eh, André?

Tanto Eveline como Courton hacían lo posible por ocultar y disimular la tristeza que les producía la trágica situación en que

habían quedado. Ambos sabían, tenían conciencia plena de que jamás podrían volver a su querido Sistema Solar, pero ante lo irremediable no había más remedio que sobreponerse.

Abandonaron aquella base militar y, bajando por las escarpaduras y quiebras del terreno, después de un buen rato de caminar, llegaron a la otra base que habían observado por la pantalla de imagen corta a su llegada a Poliedrón.

Todo lo encontraron en las mismas condiciones que en la base militar anterior.

—¿Pero adónde puede haberse ido esta gente…? ¿Qué habrá ocurrido?

—No lo sé, Eveline; esto es muy extraño, no lo comprendo.

—¿Quieres que bajemos al valle…? Tengo curiosidad por ver ese extraño y raquítico bosque.

—No tenemos tiempo, Eveline. La noche se nos echa encima y el camino para volver a la astronave es largo. Mañana iremos a verlo.

—Bien, como tú quieras.

El camino de vuelta a la astronave fue algo penoso. El sol de Poliedrón se había ya casi ocultado cuando llegaron al sitio donde se erguía la gigantesca y majestuosa astronave de nuestros amigos.

La luz horizontal del crepúsculo, de aquel extraño crepúsculo, daba a la tarde y al paisaje un ambiente de misterio y soledad, envuelto en un místico silencio y en una quietud tan sugestiva que Courton y Eveline quedaron fascinados contemplando aquella belleza.

Rápidamente la luz se esfumó, y el paisaje quedó envuelto en la oscuridad de la noche.

Las sombras lo envolvieron todo, y abriendo el escotillón exterior de la astronave se refugiaron en su interior.

Sobre una hora escasa tardó Courton en reparar los impulsores de a bordo. Ayudado por Eveline y bajo la cabina de fondo, Courton revisó todo el mecanismo y procedió a cambiar tres cabezas de células fotomagnéticas que habían quedado averiadas, dejando los impulsores en perfecto estado de funcionamiento.

Cuando terminaron el trabajo y subieron a la cabina de mandos realizó la comprobación en el cuadro de control; su funcionamiento

era perfecto y correcto. De nuevo podrían navegar por los espacios, libres pero encadenados a la constelación de Andrómeda. Su patria grande, el Sistema Solar, era sólo un delicioso y amado recuerdo en el pasado, inalcanzable en el futuro, un imposible.

—Bueno —dijo Courton sonriendo—, estoy hambriento y tengo ganas, también, de echar un trago. ¿Qué te parece si cenamos, Eveline?

—Me parece una excelente idea; yo también tengo apetito y, después de tantos avatares, me encuentro extenuada.

Tomaron una cena ligera que Eveline preparó de la despensa de a bordo y, una vez acabada ésta, se dispusieron a descansar.

—Mañana visitaremos ese curioso bosque y exploraremos con la astronave toda la superficie de Poliedrón. Si nos gusta nos quedaremos aquí… Buenas noches, Eveline.

Y dándole un cariñoso beso, Courton, abandonó la cabina de mandos, donde quedó Eveline, para ir a dormir a la cabina de fondo.

* * *

—¡André… André!

Courton se despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre, Eveline?

—¡Sube, date prisa!

Se vistió rápidamente y en un santiamén estuvo en la cabina de mandos, alarmado, por la premura de la llamada de Eveline.

La joven estaba junto a la pantalla de imagen corta mirando atentamente el cuadro luminoso de la misma.

Courton se acercó algo intrigado.

—¿Qué ocurre, Eveline?

—Mira, André, mira, qué cosa tan extraña —dijo excitada la joven señalando el recuadro de la pequeña pantalla de imagen corta.

Sobre la misma aparecía una visión parcial del bosque que tanto gustara a Eveline y al que habían quedado en ir a visitar aquella mañana.

Aquellos árboles enanos, más bien arbustos gigantes que el día

anterior habían contemplado desde la altura de la base militar, estáticos, de una quietud solemne y mineral, se balanceaban con un ritmo alterado y caprichoso.

Courton, sin saber por qué, se sobresaltó. ¿Qué significaba aquello? ¿Cómo era posible que un planeta sin atmósfera, carente, por lo tanto, de fenómenos meteorológicos, sin corrientes aéreas ni cambios atmosféricos, pudiera aquel bosque estar animado como si lo azotaran vientos de velocidad variable y cambiantes?

Nuestro comandante miró pensativo a la j oven.

—¿Cómo has descubierto esto?

—Por curiosidad. Me encantó ese bosque extraño cuando lo vi ayer, y al despertarme, he sentido deseos nuevamente de verlo… y me he llevado una gran sorpresa… Me sobresalté tanto que no he podido evitar el llamarte precipitadamente.

—Realmente es extraño… Es tan sorprendente que toda conjetura se hace oscura e incongruente. No lo comprendo.

—¿Y qué será? André… El misterio nos envuelve por todas partes.

—Lo que es evidente es que ese bosque está movido hoy por ráfagas de viento, por gases que ayer no existían, pues Poliedrón, al igual que todos los planetas que componen su sistema, carece absolutamente de atmósfera… Esto es evidente; durante siglos se ha estudiado minuciosamente la estructura y composición de todos los sistemas que componen este brazo «N» de la constelación de Andrómeda y todos tienen un denominador común: carecen por completo de atmósfera. Todos se encuentran desprovistos de gases… Esto es algo tan misterioso, me deja tan perplejo que no sé qué pensar.

—¿Y no podría tratarse de un error de los observadores de nuestro Sistema Solar?

—En absoluto… Lo demuestra el prisionero que cogimos en la Tierra y que conduje a Helión. Era un organismo adaptado a vivir sin atmósfera, lo evidencia el hecho de que murió aplastado instantáneamente por la presión atmosférica de nuestro planetoide. Y para reforzar esta aseveración, tenemos el precedente de Kalo y sus hombres… ¿recuerdas?

—Sí, es cierto… y ahora recuerdo que ayer, antes de salir de la astronave, comprobaste la presión exterior y era cero, nula.

—Bueno, lo mejor será que, renunciando de momento a explicarnos la causa, aceptemos la presencia de gases en este instante, sobre la superficie de Poliedrón y veamos de qué gases se trata… ¿Te parece?

—Sí, es lo mejor —respondió convencida Eveline.

—Pues, manos a la obra.

Courton cogió de uno de los armarios pequeños de la cabina de mandos, un tubo de cristaloplasto y, haciéndole un gesto a Eveline, la invitó a que le siguiera a la cabina de fondo.

—Vamos a capturar un poco de ese gas y veremos lo que es —dijo sonriendo nuestro comandante, tratando de disimular su preocupación.

De uno de los aparatos adosados a la pared de la cabina de fondo pulsó un botón y miró la lectura del comprobador de presión exterior de la astronave. La aguja señaló media atmósfera.

Rápidamente colocó el tubo de cristaloplasto sobre una especie de espita situada en la parte superior del aparato y dio al conmutador de paso, retirando a los pocos instantes el tubo, que tapó herméticamente con un tapón de la misma materia.

Subieron a la cabina de mandos y Courton sometió el gas que había recogido en aquel tubo al espectroscopio electrónico.

Eveline seguía sus movimientos mirando curiosa todas las maniobras que Courton realizaba.

Después de unos instantes, nuestro comandante, exclamó.

—¡Hidrógeno…! Es hidrógeno con algo de polvo cósmico.

—¿Hidrógeno…? Pero, ¿por qué?

—No lo sé… no comprendo de dónde pueda provenir este gas ni por qué se encuentra en este momento sobre la superficie de Poliedrón… Tanto misterio me desconcierta, desborda mi capacidad intuitiva.

Courton se sentó algo consternado sobre uno de los sillones de la cabina. Aquello era desconcertante, ilógico; en cierta manera, absurdo.

Eveline se percató del estado de ánimo de nuestro comandante y trató de distraerle y aliviar un poco su preocupación.

—Mira, André, ya pensaremos más tarde; vamos ahora a ver el bosque tal como lo planeamos ayer y veremos qué resulta de todo

esto. De todas formas, ni nos molesta ni nos hace falta ese hidrógeno, por lo tanto, ¡a qué preocuparnos…!

Courton miró a Eveline y sonrió.

—Bien… lo prometido es deuda; vamos a ver ese bosque encantado.

Se pusieron ambos los trajes espaciales y la escafandra de cristaloplasto y, una vez comprobadas todas sus condiciones interiores y asegurado su normal funcionamiento, abandonaron la astronave saliendo a la superficie de Poliedrón.

Caminaron durante largo rato en dirección al valle, por entre escarpaduras y pendientes y, llegados a sus inmediaciones, se detuvieron un instante admirando el paisaje. Realmente era exótico, extraño y sin precedentes a la idea que Courton y Eveline poseían de lo que era un bosque.

—De color es feo, pero la estructura de estos árboles o arbustos, no sé cómo calificarlos, me encanta. Tienen una apariencia de dolorosa actitud, de desengaño vegetal, que me conmueve y me inspiran lástima… En fin, no sé cómo expresarme.

Eveline había tratado durante el camino de hablar de cosas sin importancia para distraer de sus preocupaciones a Courton, pero se dio cuenta que no lo conseguía.

Echaron a andar de nuevo y, a los pocos pasos, se detuvo bruscamente Courton.

—Eveline, ¿notas cómo las ráfagas de hidrógeno, cada momento que pasa, acrecientan su empuje, como si se hicieran más espesas?

Eveline titubeó un momento y sonrió.

—Sí, pero ¿qué importancia tiene esto?

Courton parecía abstraído, ensimismado en sus propios pensamientos.

—Eveline… empiezo a sospechar lo que ocurre… Casi, casi estoy seguro.

—¡Oh, André! Déjalo para luego. ¡Qué más da!

—No, mi vida, escúchame… se trata de algo de una importancia apremiante, urgente. Escucha…

Courton se mostraba excitado, nervioso y hablaba con cierta precipitación. Hizo una pequeña pausa y prosiguió.

—En todo nuestro ámbito sideral, es decir, en nuestro grupo

galáctico, o como tú bien sabes más concretamente en nuestro Grupo Local, existen tres nubes estelíferas, dos de polvo cósmico y otra de hidrógeno… Las dos primeras están tan alejadas, tan enormemente alejadas de la Vía Láctea y de la constelación de Andrómeda que no merece la pena de tenerlas en cuenta… pero la otra, la tercera, la nube de hidrógeno está situada cerca del brazo «N» de la constelación de Andrómeda, a unos 20.000 millones de kilómetros… ¿Comprendes ahora?

—No, André… no lo comprendo.

—Si en nuestro grupo galáctico no existe más que una nube de hidrógeno y esto que azota este bosque y estas montañas es hidrógeno ¿dónde estamos, pues?

—Pues… pues ¿¡qué quieres dar a entender, André!?

—Que exactamente nos encontramos dentro de esa nube de hidrógeno.

—¿Estás seguro?

—¿Cuánto tiempo hace que hicimos actuar el interruptor magnético…? Unas veintiocho horas, ¿no?

—Sí, aproximadamente.

—Justo el tiempo que se tardaría en llegar del brazo «N» de Andrómeda a la nube estelífera de hidrógeno corriendo a una velocidad de doscientos mil kilómetros por segundo… ¿Te dice algo esto?

—Exactamente la velocidad de fuga de nuestro Sistema Solar, según el aparato de a bordo —comentó perpleja y sobresaltada Eveline.

—Cierto. Lo que significa que no era nuestro Sistema Solar el que se alejaba del brazo «N», sino éste de nuestro Sistema Solar.

—Entonces, André… ¡Hemos vencido! ¡Dios mío!

Y una súbita alegría le inundó el rostro abrazándose entusiasmada a Courton. Éste la estrechó contra su pecho, loco de alegría.

De repente, un pensamiento pareció asaltar a Courton, frenando su entusiasmo.

—Eveline, ¡corramos a la astronave!

—¿Qué ocurre, André…? ¿A qué viene tanta prisa?

—Sí, mi vida… no perdamos tiempo. No sé exactamente cuándo

acaecerá, pero el brazo «N», donde nos encontramos, al roce con la nube de hidrógeno, en su violenta fuga, la incendiará, quedando convertido este sector del Universo en una gigantesca y aterradora hoguera… ¡Es preciso intentar salvarnos…! ¿Comprendes ahora por qué hemos encontrado este planeta vacío de seres vivos?

—Huyeron de la muerte que nos amenaza a nosotros… ¡Oh, André… salvémonos!

Courton cogió de una mano a Eveline y echaron a correr con todas sus fuerzas en dirección a la astronave.

El camino de vuelta era penoso por su pendiente y por la extremada aspereza de su suelo, pero lo remontaron en pocos minutos con cierta desesperación por el inminente peligro.

Cuando llegaron a la astronave estaban sudorosos y jadeantes. El tiempo apremiaba y era cuestión de vida o muerte darse prisa… mucha prisa.

Rápidamente se introdujeron por el escotillón exterior y llegados a la cabina de mandos, Courton pulsó el botón del automático de cierre y con la mayor presteza, puso en funcionamiento los impulsores.

Con ligereza tomó unos datos de la pantalla sidero-fotoscópica, actuó el pequeño cerebro electrónico para determinar la ruta que él dictó al piloto automático y, acto seguido, apretó un botón del cuadro de control y la astronave salió disparada al espacio, majestuosa y arrogante, camino del Sistema Solar con la zozobra de si podrían salir de aquel infierno que, de un momento a otro, podría desencadenarse en aquel lugar del Universo.

CAPÍTULO IV

—¡POR fin! En este instante cruzamos la órbita de Plutón, Eveline.

—¡Hurra! Ya estamos en casa —gritó la joven entusiasmada. Courton señaló un punto luminoso en la pantalla siderofotoscópica.

—Mira, Helión, nuestro querido Helión, en cuanto lleguemos haremos los preparativos para nuestra boda. El general Balbroock, tu tío, será nuestro padrino. ¿Te parece?

—¡Oh, será maravilloso! André —dijo la joven mirando tiernamente a Courton—. ¿Y adónde iremos a pasar nuestra luna de miel?

—Salvo que tú quieras ir a otro sitio, a mí me gustaría ir a la Tierra.

—Sí, André, iremos allá… ¿no vive allí tu madre?

—Sí, en una deliciosa región de Europa, en Francia.

—¡Oh, André, tendrás muchos deseos de verla! ¿Verdad?

—Sí, Eveline. Hace mucho tiempo que no la he visto.

—Pobre viejecita, aún no la conozco y ya la quiero mucho. Pasaremos unos días con ella y, así seremos todos muy felices.

En aquel momento un zumbido sordo e intermitente sonó en uno de los aparatos de a bordo indicando algo que Courton esperaba.

Rápidamente maniobró los mandos de la pantalla siderofotoscópica haciendo desfilar el Universo estrellado por el marco de visión de la misma, hasta localizar el punto que, en aquel momento, ocuparía dentro de nuestro grupo de galaxias el brazo

«N» arrancado a la constelación de Andrómeda y errante por los espacios infinitos.

En la pantalla, un pequeño sector resplandecía iluminado con un vivísimo brillo, incandescente.

Allá, en las profundidades del espacio, a más de ochenta mil millones de kilómetros, el violento roce del brazo «N» con la gigantesca nube estelífera de hidrógeno había provocado el aterrador incendio que Courton y Eveline esperaban se produjese desde hacía varias horas.

En la pantalla sólo parecía una pequeña nube incandescente suspendida en las profundidades del espacio, como una luminaria, impotente para romper las tinieblas del Universo, pero Courton sabía que billones de kilómetros de hidrógeno, en sus tres dimensiones, ardían en aquel momento en una aterradora y fantástica hoguera, donde se consumiría todo, transformándose la materia en polvo cósmico y otros gases, errantes y vagabundos por los inmensos espacios siderales.

Este proceso que, en lenguaje científico, se denominaría de ignición o transformación, así, sencillamente, tardaría en consumarse miles o, quizá, millones de años. Una medida de tiempo que escapa al concepto humano, pero que, en escala sideral, es algo sin importancia.

Courton y Eveline permanecieron silenciosos, serios, mirando fascinados aquella nubecita luminosa que cada vez iría aumentando de tamaño y creciendo en proporciones.

—¡Oh, André! Y pensar que esa catástrofe la hemos provocado nosotros… Me da miedo, André, tengo miedo en mi conciencia.

Courton sonrió tratando de tranquilizar a Eveline.

—¿Por qué, mi vida?

—¿Crees que habrán quedado seres vivos en el brazo «N»…? Si así fuera, ¡qué horror, André!

—Pequeña, lo mejor es que olvides todo esto, que no pienses en el lado negativo de nuestra acción… No teníamos otra solución, teníamos que destruir o someternos a ser destruidos, ésa era nuestra alternativa, sin otra posibilidad que escoger entre la desaparición de nuestro Sistema Solar o la muerte del brazo «N».

—Sí, pero nosotros, tú y yo, hemos sido los ejecutores.

—No hemos hecho más que cumplir con nuestro deber y, como consecuencia, conquistar nuestra propia felicidad y la vida de millones de seres, la supervivencia de un sistema que la única razón de seguir viviendo es su capacidad de haberla conquistado. Yo no defiendo que nosotros seamos los mejores, pero hemos demostrado ser los más capaces y esto nos da una jerarquía y un derecho inevitable, ineludible: el deber de seguir viviendo, Dios sabe para qué fines. Sólo a Él le es dado conocer la verdadera razón y a nosotros el aceptar los hechos tal como han ocurrido.

Ante las palabras de Courton, Eveline se tranquilizó. La lucha que había surgido en su conciencia se había ido paulatinamente moderando hasta apagarse por completo. Se repuso y trató de desviar la conversación.

—Hay una cosa, André, que no he comprendido por mucho que he pensado en estas horas que llevamos de viaje.

—¿Qué es, Eveline?

—¿Por qué el medidor de fugas indicó que nuestro Sistema Solar se alejaba de nosotros, cuando era todo lo contrario?

—El aparato no mintió, fui yo el que me equivoqué. Un simple error de interpretación que nos podía haber costado la vida… El aparato indicó que un sistema se separaba del otro a una velocidad de doscientos mil kilómetros por segundo. Lo que no comprendo es cómo me faltó la suficiente suspicacia para haber sometido esta medida a un tercer sistema de referencia… Entonces, me hubiese dado cuenta enseguida que era el brazo «N» el que huía a esa velocidad y no el Sistema Solar. Me olvidé debido al nerviosismo y a la circunstancia del momento, que nuestra astronave se encontraba flotando en el espacio, abandonada a su propia inercia y cometí el grave error de tomarla como punto referencial. En aquel momento y por haber caído en el campo gravitatorio del brazo «N», estábamos viajando arrastrados por éste a doscientos mil kilómetros por segundo, por lo que debido a esta falsa situación interpreté que era el Sistema Solar el que se alejaba, cuando realmente lo que estaba ocurriendo era todo lo contrario… ¿Comprendes?

—Sí, sí… lo comprendo, pero esto me hace llegar a la conclusión que es fácil perderse en el espacio.

—No, si siempre que trates de establecer una medida o una

relación tomas un tercer punto de referencia. Ahora resulta mucho más sencillo viajar por el espacio que resultaba la navegación a nuestros antiguos marinos de la Tierra.

Un nuevo zumbido, algo más débil que el que había sonado anteriormente referido al proceso de ignición de la nube estelífera de hidrógeno, comenzó a oírse en el cuadro de detecciones, interrumpiendo la conversación.

Courton se volvió extrañado fijando su mirada en el cuadro y observó que el detector magnético estaba funcionando. Hizo una mueca en silencio y se acercó a los medidores.

—Atravesamos un campo magnético… ¡no lo comprendo! —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Un campo magnético…? ¿Y qué importancia tiene eso? —observó la joven.

—Ninguna si no fuera porque aquí, en el punto espacial por donde pasamos en este instante, jamás ha existido un campo de esta naturaleza.

—Entonces, ¿qué puede significar?

—No sé, tal vez un desplazamiento de las líneas…

El zumbido cesó bruscamente quedando en silencio el cuadro de detectores y los medidores tornaron al punto cero.

—Una franja magnética muy estrecha, ¿no? —apuntó la joven.

—Demasiado estrecha, en efecto.

—¿Y no encuentras tú extraño esto, André?

Courton se quedó un momento pensativo, y mirando después a Eveline sonrió.

—Querida, esto del magnetismo es todavía algo complicado y nos quedan aún muchas cosas por aclarar y comprender. No creo que debamos de darle importancia ni a la estrechez de la franja ni a la circunstancia de haberla encontrado en un punto donde no la esperábamos.

—André, yo…

—Ya lo sé, mi vida. Nos encontramos al final de esta peligrosa aventura, muy cerca de Helión, de nuestra felicidad y temes que algo pueda interponerse.

—Sí, André; me he vuelto algo miedosa porque soy feliz, porque espero y deseo serlo mucho más.

Courton la estrechó entre sus brazos y le dio un beso en la frente.

—Bien, hablemos de nuestros proyectos, de nosotros. Dentro de unos minutos llegaremos a Helión y hemos de concretar antes algunos detalles de nuestra boda.

* * *

La vuelta de nuestros héroes al planetoide Helión les parecía un sueño. Un sueño inacabable, dichoso y estremecedoramente emotivo, por la circunstancia del peligro que habían corrido de perderlo para siempre.

Allá, en Poliedrón, ahora inmenso en una fabulosa hoguera, habían renunciado a la vuelta y de repente se encontraron con el regalo de la Providencia de que podían intentar volver. Ahora frente a Helión, dibujado con toda claridad en la pantalla de imagen corta, a muy poco tiempo de distancia, casi al alcance de la mano, les pareció más hermoso, más bello que nunca.

Courton y Eveline contemplaban en silencio el planetoide, casi sorprendidos y asombrados de volver de nuevo.

Todo había terminado felizmente y un largo camino de dicha y de felicidad les esperaba a ellos y a toda la humanidad viviente del Sistema Solar.

La zozobra, la ansiedad y la angustia sentida por miles de millones de seres durante siglos se habría ya disipado quedando el hombre a solas con su tranquilidad, con su seguridad, frente a un futuro sólido de paz duradera, de laboriosidad y de perfeccionamiento… y allí estaban los vencedores que, dentro de unos instantes, pensaban, como era natural, Helión les recibiría vibrante de entusiasmo y con grandes muestras de cariño.

—Mi tío, el profesor Scanipe, mi hermano, todos los delegados de otros planetas y jefes militares, nos estarán esperando, saldrán a recibirnos, ¿verdad, André?

—Supongo que sí —dijo sonriendo Courton mientras acariciaba la mejilla de la joven—. Seguro que habrá mucha gente interesada en vernos.

—Nada más llegar anunciaremos nuestra boda.

—La anunciaremos a los cuatro vientos, para que todo el mundo

se entere.

—Y, enseguida, nos casaremos.

—No, nena, tendrá que ser después del informe que tengamos que presentar de nuestra misión, de todo lo que nos ha ocurrido.

—¡Ah, sí… el informe! Había olvidado el informe. Bueno, yo te ayudaré a redactarlo, así lo terminaremos antes… ¡Oh, André, estoy entusiasmada…! ¡Soy feliz, soy feliz y quiero que todos lo sean también!

Courton la estrechó entre sus brazos. Miró los indicadores del cuadro de mandos y control y dijo a la joven.

—Mientras yo preparo la maniobra de aterrizaje tú observa por la pantalla de imagen corta todo el acontecimiento de nuestro recibimiento.

—¿Crees que nos estarán ya esperando, que nos habrán visto, André?

—Seguro que sí, natural.

La joven se acercó a la pantalla de imagen corta y dando media vuelta rápida desconectó el aparato quedando el recuadro de la pantalla a oscuras.

—¿Qué haces, Eveline?

Courton le miró extrañado sin comprender la actitud de la joven.

—No me gustan las cosas a medias, prefiero que cuando lleguemos, dentro de un instante, todo el recibimiento, la alegría y la algazara se vuelquen a torrentes por ese escotillón dentro de esta cabina… Me gustaría oírlo como una explosión atronadora de júbilo y entusiasmo, de felicidad… ¡Oh, André! Lo he deseado tanto que no quiero racionármelo, sino sentirlo todo de una vez sobre mí.

Courton sonrió comprensivo. Le gustaba, le entusiasmaba la manera de ser de Eveline: apasionada, impulsiva, vigorosa. Aquella mujer le haría feliz, sin ninguna duda.

—Bien, pues prepárate que vamos a iniciar el aterrizaje.

Courton maniobró en el cuadro de mandos y control nuevamente y puso en acción el aparato automático para aterrizar.

Se separó del cuadro hacia el centro de la cabina y con un gesto invitó a Eveline a que se le acercara. Ambos estaban profundamente emocionados.

En silencio miraban la luz roja del aterrizaje automático, esperando con ansiedad su cambio al color verde.

A los pocos segundos, se apagó la luz roja y en el cuadro de control apareció, brillante y esperanzadora, la luz prevista: el color verde.

Habían puesto el pie sobre la superficie de Helión, meta y estación término de aquel trascendental viaje tan lleno de zozobras y peligros. Courton y la joven lanzaron un suspiro de alivio, quedando abrazados en silencio, inmóviles y dando gracias a Dios por el feliz retorno.

Los bellos ojos de Eveline se humedecieron por el llanto y algo quiso decirle a Courton pero no pudo articular palabra alguna debido a la emoción tan intensa. Era un bello momento, un emotivo e inolvidable momento.

Ambos esperaron en silencio, en mitad de la estancia a que se abriera el escotillón exterior y la puerta de la cabina por donde, inminentemente, aparecerían Balbroock, Scanipe, Wellington y otros miembros del gran Consejo del GCG que, con seguridad, habrían salido a esperarles.

Pero, pasado un largo minuto de espera, la puerta de la cabina siguió quieta, cerrada, inmóvil, sin que se percibiera la más mínima señal de ser empujada o movida por mano alguna. Ambos se miraron sorprendidos y algo inquietos.

—Puede que no hayan podido abrir el escotillón exterior —sugirió Courton.

Pero el rostro de Eveline se había ensombrecido ligeramente presagiando, con ese fino instinto femenino, que algo extraño y grave se cernía sobre aquella circunstancia.

Courton pulsó el mecanismo para abrir el escotillón exterior y, seguido de Eveline, abrió la puerta de la cabina.

Una corriente de aire fresco y reconfortante inundó el recinto acariciando el rostro de ambos, quienes lo respiraron profundamente.

Con paso lento y cogidos de la mano, silenciosos y desconcertados, cruzaron el pasillo hacia el escotillón que permanecía abierto y se asomaron al exterior mudos de asombro.

La gran pista de la base militar donde se había posado la

astronave, al igual que las otras que la cruzaban, así como las altas torres de defensa y mando, sus alrededores y todo el amplio horizonte que se divisaba, permanecía en solitario, sin el menor rastro alguno de ser viviente que lo animara o pusiera una nota de vida en aquel paisaje triste y desolado.

Sólo una ligera brisa, fresca y mansa que cruzaba el ambiente y un imponente silencio sobrecogedor, envolvían a aquel desnudo y metálico paisaje en un extraño misterio indescifrable, acongojante, desolador.

Eveline inclinó su cabeza sobre el hombro de Courton y prorrumpió en sollozos entrecortados.

CAPÍTULO V

—¿PERO qué ha ocurrido aquí? ¡Dios mío! —pudo al fin susurrar la joven.

El rostro de Courton estaba descompuesto. Jamás pudo sospechar que, al regreso, triunfantes y felices, iban a encontrarse con semejante sorpresa, con tan gigantesco misterio.

Aquello daba la sensación de haber sido abandonado, pero abandonado totalmente… ¿Y por qué? Se preguntaba frenéticamente Courton.

Sacudió su cabeza haciendo un esfuerzo por serenarse y recobrar su claridad mental y saltó de la astronave a la pista de aterrizaje.

—Anda, vamos, Eveline, salta… No tenemos más remedio que echar un vistazo… ¡No sé qué puede haber sucedido!

La joven saltó de la astronave ayudada por Courton.

—¡Oh, André, y yo que creí que había terminado todo y que aquí empezaba nuestra felicidad!

—No sé lo que pueda significar esto, Eveline, pero no debemos perder la esperanza ni desfallecer prematuramente. Quién sabe si esta extraña circunstancia puede tener su justificación.

—No creo que debas juzgar el asunto con tanto optimismo, André. A mí me parece que esto es grave y por más que pienso no encuentro razón suficiente ni remota para que el planetoide, el Gran Cuartel General del Gran Consejo del Sistema Solar, haya sido evacuado voluntariamente. Tú bien sabes lo que esto significa.

—Pero el peligro, la gran amenaza ha terminado. La gente puede que haya regresado a sus hogares a disfrutar de la paz.

—Tal vez sea así… Ojalá haya sido así, pero no lo creo. Detrás de este poderoso silencio entreveo algo tan dramático que me asusta sin saber exactamente qué es.

Echaron a andar en dirección a una de las torres de control. Con el semblante sombrío, ambos caminaban ensimismados en un verdadero laberinto de conjeturas tratando de penetrar, cada uno por su cuenta, en aquel indescifrable misterio al que se habían visto abocados.

El optimismo de Courton no era sincero, sólo había tratado de elevar la moral de Eveline por si acaso desfallecía. Pero la muchacha era valiente y, en los momentos graves y difíciles, su temple era magnífico, sabía sobreponerse y reaccionar vigorosamente.

—Bien, ahora veremos qué ha ocurrido por ahí adentro —dijo Courton con tono resuelto. La joven le miró en silencio y sonrió algo triste, pero ya repuesta y serena del todo.

Llegaron ante una de las torres de control encontrando la puerta de acerotrón de acceso a su interior abierta.

Courton avanzó resueltamente pero Eveline lo detuvo con presteza.

—¿Y si nos acecha un peligro a la entrada, André?

—Qué más da… no podemos detenernos en eso —dijo Courton serenamente. Sonrió y cogiendo de una mano a Eveline se introdujeron ambos en el interior de la torre.

Recorrieron todos sus departamentos, vacíos, silenciosos. Todos los aparatos se encontraban en perfecto estado de conservación.

Courton los fue inspeccionando, uno a uno, cuidando de no tocarlos, sin encontrar la más mínima señal de violencia o el menor indicio que le pudiera dirigir a aclarar, aunque sólo fuera parcialmente, la causa de aquel misterio.

Abandonaron la torre y se internaron por una de las galerías al interior de la base, yendo a desembocar en uno de los amplios corredores interiores que conducía a los departamentos subterráneos del GCG.

Conforme se iban acercando a sus aposentos crecía por momentos la inquietud de Eveline. ¿Qué habría sido de su tío, el general Balbroock y los demás?

Rápidamente franqueó la puerta que abrió sin resistencia y penetraron en el amplio despacho del jovial y simpático general Balbroock.

Recorrieron las demás habitaciones, incluso los departamentos privados de ella, sin encontrar nada anormal.

Todo estaba intacto, ordenado, en su sitio, como si no hubiese ocurrido nada.

Pero en esta circunstancia radicaba la esencia del misterio.

¿Qué imperativos tan extraños y fundamentales, tan tremendamente dramáticos, se habían dado para no darles tiempo o posibilidades de recoger cada uno sus efectos personales?

Eveline miró angustiada a Courton. Nuestro comandante comprendió perfectamente a la joven; lo que estaba pensando y cuáles eran sus sentimientos.

Lo más asombroso es que no aparecía por ningún sitio la más mínima señal de violencia, de precipitación, de fuga desordenada o aparatosa… Nada… todo daba la sensación de no haber ocurrido absolutamente nada.

Courton estrechó a la joven entre sus brazos acariciándola con ternura.

—Aclararemos este misterio; no te quepa la menor duda. Echaremos ahora un vistazo a los departamentos del Gran Consejo y a los laboratorios.

—Pero, ¿qué habrá ocurrido, André? ¿Qué habrá ocurrido…? Cuando todo estaba resuelto, la victoria nuestra… ¡No hay motivos para esto, André…! ¡No lo comprendo!

—Creo que lo mejor es que no pensemos en los motivos o las causas… Partamos de los hechos; aceptemos que en Helión no hay nadie, no nos importa de momento el por qué, examinemos cosas, recojamos datos para ver si alguno nos pone en el camino de una explicación. Todo lo demás es perdernos en un laberinto de suposiciones que no nos conduce más que a una lamentable confusión.

La joven miró inteligentemente a Courton y sonrió tranquilizada.

—Bien, vamos allá y tal vez tengamos suerte.

Y colgándose del brazo de Courton echaron a andar hacia el

Salón del Gran Consejo.

Inspeccionaron el Salón con sumo cuidado. Objetos, detalles, muebles, aparatos, papeles. Nada faltaba y todo se encontraba en su cuidadoso orden acostumbrado.

—Es extraño, no me lo explico —susurró desconcertado Courton.

Pasaron a los laboratorios y, examinados con el mismo detenimiento y método, todo lo encontraron, también, en orden sin que les llamara nada la atención.

Courton comenzó a impacientarse. Se encontraba cada vez más desconcertado. Ni la más pequeña pista, ni el más pequeño indicio, ¡nada! Sólo aquel silencio, aquel vacío silencio, que pesaba como una gravosa incógnita y que todo lo envolvía, inexpresivo, hermético. Helión se semejaba a un desierto, iluminado por su imponente silencio como un muro a toda respuesta.

—Creo que debiéramos ahora echar un vistazo al exterior… tal vez…

Courton se quedó pensativo unos instantes.

La joven se paseaba algo nerviosa entre los numerosos aparatos del laboratorio de física.

—Bien, vamos… No sé qué decirte, André; cada vez entiendo menos esta situación.

—Ten paciencia, querida. Ya verás cómo el método nos hará descubrir algo, en apariencia insignificante, que nos dará la clave.

Abandonaron el laboratorio de física y pasaron al de bioquímica instalado en la planta contigua. Continuaron visitando el resto del edificio subterráneo todo dedicado a laboratorios, unos de investigación y otros de experimentación, pasando después a talleres, construcciones, almacenes de equipos y por último, a los departamentos oficiales y personales de los representantes del Sistema Solar.

—¡Nada! —exclamó decepcionado Courton—. Como verás no hemos encontrado nada que pueda darnos aunque sólo fuera una remota pista… Esto es irritante y desolador, no me lo explico.

—Yo, lo que no puedo soportar ya es este silencio, este pesado silencio que nos acompaña a todas partes, que nos rodea, nos circunda como una pesadilla. Este vacío…

—Querida, un poco de calma… Yo estoy tan nervioso y desconcertado como tú.

—Lo comprendo, perdóname.

—No tiene importancia… Si por lo menos hubiésemos encontrado algún indicio, algo que nos hablara a medias de lo que ha ocurrido… Por muy grave que sea me gusta enfrentarme con lo concreto, saber a qué atenerme, pero este misterio, este silencio me desespera.

Courton se sentó en un sillón perezosamente, algo cansado por la caminata y con cierto desaliento en su ánimo.

—Bien, ¿qué hacemos ahora, André?

—Iremos a inspeccionar, como antes hemos dicho, el exterior. Es lo único que nos falta.

—¿Y si no descubrimos nada?

Courton guardó silencio y se encogió de hombros.

—Confiemos en que no sea así, pues de lo contrario…

—De lo contrario… ¿qué, André?

—No lo sé… Ya pensaremos.

Salieron a uno de los corredores y echaron a andar en dirección a una de las torres de defensa de la base. Courton enlazó con su brazo la cintura de Eveline y así, juntos, más bien andando despacio llegaron, a los pocos minutos, a la puerta de acceso interior de aquella gigantesca mole de acerotrón destinada a defender la base militar en caso de emergencia.

Pero, por lo que se deducía, este caso de emergencia no había llegado a Helión.

Entonces… ¿qué demonios había ocurrido allí?

De haberse marchado el personal de la base porque la amenaza había dejado de existir, alguien hubiese quedado al cuidado de toda aquella gigantesca instalación, esto era lógico, y de haber tenido que abandonar a la fuerza el planetoide habría algo destruido, algún signo externo de lucha, algo que lo denotaría.

Pero la normalidad y el orden reinaban en todas y cada una de las partes de Helión…

—Cuanto más pienso, menos me lo explico. Fíjate, Eveline, ni un solo aparato de defensa ha sido utilizado o manejado en esta torre. Lo ves, todo está intacto, como si fuera a usarse de un

momento a otro, en orden, en su sitio, dispuesto… En fin, ahora veremos, aunque no creo que en el exterior haya nada de importancia. ¿Quieres manejar tú esa pantalla de imagen corta mientras yo observo con esta otra la parte posterior?

Eveline hizo un gesto afirmativo y acercándose al aparato que le indicara Courton, lo puso en funcionamiento. Éste, a su vez, puso en funcionamiento la otra pantalla situada al extremo contrario de la torre de defensa.

Hizo desfilar sobre el cuadro de la misma todo el espacio exterior del sector visual que abarcaba desde aquel extremo la torre, superficie del planetoide y el cielo, sin encontrar nada que le llamara su atención, y, de repente, la voz demudada de Eveline le hizo volverse alarmado.

—¡André, nuestra astronave ha desaparecido!

Courton se puso pálido y de un salto se colocó delante de la pantalla que manejaba Eveline.

En efecto, la gran pista central de aterrizaje cruzada por cinco pistas más estrechas, es decir donde ellos habían dejado la astronave a su llegada a Helión, aparecía completamente desierta. La hermosa astronave había desaparecido.

Courton quedó desconcertado y miró interrogativamente a Eveline haciendo un gesto de sorpresa. Rápidamente se acercó al aparato de cierre electrónico de la puerta y lo hizo funcionar con presteza. Pero la puerta no se movió, permaneció inmóvil, sin cerrarse.

Courton volvió de nuevo a intentarlo, sin resultado. El mecanismo de cierre debía de estar estropeado.

—¡André, mira! Las pantallas de imagen corta han dejado de funcionar… ¿Qué significa esto, André? —preguntó la muchacha precipitadamente con un leve tono angustiado en su voz.

—No lo sé, pero me temo que nada bueno.

—Quizá puedan haberse averiado los generadores.

—No, Eveline, no nos engañemos… ¿y la desaparición de la astronave, acaso también es producto de una avería?

—¿Qué quieres decir, André?

Courton parecía reflexionar, rápidamente, con cierta precipitación, pero con firmeza. Daba la sensación de estar

decidiendo un plan, improvisado pero decidido.

—Escucha, Eveline, hemos de abandonar esta torre a la mayor rapidez, es preciso.

—Pero, ¿qué ocurre, André? No te comprendo.

—Tengo casi la evidencia de que estamos siendo espiados desde antes de llegar a Helión.

—¿Espiados…? ¿Por quién?

—No lo sé.

—Quieres decir que hay alguien más que nosotros en Helión.

Courton hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió. Su rostro aparecía sombrío y preocupado.

—Vamos, es preciso que salgamos de aquí y, si es posible, inadvertidos.

—Va a ser difícil… no tenemos más que una salida.

—No, hay otra de emergencia que quizá tú no conozcas para casos extremos. Trataremos de utilizar ésta.

—No lo sabía, en efecto.

—Es un ascensor que comunica con los pasillos secretos, entre el Alto Mando y las torres de defensa… Vamos, no podemos perder aquí ni un minuto.

Courton se acercó a la parte lateral izquierda de aquel aposento de la torre de defensa y buscó durante unos instantes sobre uno de los relieves de la pared de acerotrón hasta encontrar un pulsador magnético.

—Aquí está —dijo con vivacidad Courton, al mismo tiempo que lo apretaba con el pulgar.

Una de las paredes cedió silenciosa y comenzó a girar sobre uno de sus extremos abriéndose lentamente, dejando un hueco por donde penetró Courton, seguido de Eveline, en una especie de cabina semicircular en cuyo sector central aparecía una especie de pequeño cuadro de mandos.

Courton se acercó a éste con cierta presteza y pulsó uno de sus botones e inmediatamente comenzó a cerrarse la puerta por la que habían entrado.

—¿Pero cómo es posible que esto funcione si los generadores han sido desconectados? —preguntó intrigada Eveline.

—No importa. Todo esto funciona magnéticamente sin

necesidad de alimento electrónico. Fue construido así para darle independencia absoluta de los generadores y poder evitar lo que ahora hemos evitado nosotros; quedar inmovilizados y amenazados aquí arriba.

—¡Caramba! Tantos años que estoy en Helión y cuántas cosas desconocía.

—Es natural, ello formaba parte de las cosas secretas en el mecanismo defensivo de Helión.

Courton había pulsado otro de los botones de aquel pequeño cuadro de mandos y el ascensor comenzó a descender.

—Realmente de poco ha servido tanta medida defensiva —dijo con cierta tristeza la joven.

—No importa, querida —y Courton le acarició el rostro—. Todo fue preparado inteligentemente y con la mejor intención. Al menos nos ha servido a nosotros y… a nosotros nos incumbe ahora rescatar el planetoide.

—¿Tú crees que podremos, André?

—Sólo puedo prometerte que vamos a intentarlo y si fracasamos, sabremos, por lo menos, qué es lo que ha ocurrido.

El ascensor se detuvo en su marcha descendente. Una luz verdosa iluminó la cabina del mismo y, automáticamente, la puerta de salida comenzó a abrirse lentamente.

Courton miró al exterior y escuchó con cierta atención. Una sala espaciosa a la que desembocaban tres pasillos apareció al fondo de la puerta del ascensor.

—Es difícil que hayan dado con estas comunicaciones secretas —dijo Courton—. Seguro que en ellas podremos guarecernos y, desde aquí, preparar nuestro ataque.

Sonrió serenamente a Eveline y, cogiéndola del brazo, abandonaron la cabina del ascensor entrando en la espaciosa sala y dirigiéndose resueltamente a la desembocadura del pasillo de la derecha. Pero aún no habían alcanzado el centro de la sala, cuando una voz recia y un poco metálica, por efecto de estar reforzada electrónicamente, sonó a sus espaldas dejándolos paralizados por la sorpresa.

—¡No se mueva, comandante Courton! —gritó imperiosa la voz.

Courton y Eveline quedaron quietos, paralizados por el asombro

sin comprender qué ocurría ni qué clase de amenaza se había cernido sobre ellos como un relámpago.

Eveline, no pudiendo reprimir su curiosidad y su miedo volvió ligeramente la cabeza y abriendo los ojos desmesuradamente lanzó un grito desesperado.

—¡Los hombres de Andrómeda, André!

Courton, al oír aquello, se volvió con la agilidad de un felino al mismo tiempo que intentaba empuñar su pistola electrónica que colgaba de su cinturón, pero una ráfaga de luz azulada cruzó la estancia y Courton y Eveline quedaron paralizados en mitad de ésta, rígidos y sin movimiento, como dos estatuas.

Dos hombres de Andrómeda, escondidos entre el hueco que había dejado la puerta del ascensor al abrirse y la pared de la sala, se destacaron avanzando hacia ellos, empuñando ambos una extraña arma. En la desembocadura de los tres pasillos aparecieron dos hombres más en cada uno de ellos, armados también. Les habían estado esperando.

CAPÍTULO VI

CUANDO Courton, en la Sala del Consejo, al fondo del hemiciclo, fue liberado de los efectos paralizantes de la ráfaga de rayos azulados que sobre él descargaran y devuelta su conciencia, lo primero que percibió frente a él fue la figura de un hombre que le observaba con atención.

Courton hizo un esfuerzo por recuperarse totalmente, por disipar la bruma mental que le había ocasionado aquella paralización, y miró con fijeza a aquel hombre. Su asombro no tuvo límites.

—¡Kalo! —exclamó.

—El mismo, comandante Courton —contestó sonriente, aquel hombre.

Éste se encontraba vestido con traje espacial y escafandra transparente.

Pero Courton no salió de su asombro. ¿Cómo era posible que ahora hablara su propio idioma? Kalo pareció comprenderlo.

—No se extrañe, comandante Courton —prosiguió con su impasibilidad acostumbrada—, un sencillo mecanismo en mi escafandra traduce mis ideas y conceptos a su idioma… ahora será muy sencillo el entendernos.

Al hacer un pequeño movimiento, Courton se percató de que tenía atadas las manos y los pies al sillón en el que estaba sentado, e hizo una mueca de contrariedad.

—No fue así como yo le traté a usted, Kalo.

—Ya lo sé, pero usted es más peligroso que yo, comandante. No obstante, si me da su palabra de honor de no hacer un mal uso de

su libertad le desataré.

—De acuerdo… no puedo soportar esta inmovilidad.

Kalo hizo un gesto a uno de los hombres que se encontraba junto a la puerta de entrada, al parecer de guardia, y acercándose a Courton lo desató con la ayuda de un diminuto aparato.

—Como verá, comandante Courton, las cosas han cambiado mucho.

—Sí, parece ser que han cambiado notablemente, pero dígame, ¿dónde está la joven… Eveline? —preguntó con cierta ansiedad.

—No se preocupe, está perfectamente bien. Recluida en sus propios aposentos.

—¿Recluida?

—Sí, también es nuestra prisionera.

—Le aseguro que ella no tiene que ver nada en la misión que a mí se encomendó. Está desligada por completo de toda acción militar.

Kalo le miró fijamente acercándose un poco a Courton.

—¿Es verdad eso que acaba de decir?

—Absolutamente cierto.

—Entonces, ¿por qué le acompañaba?

—Por una razón puramente sentimental, es mi novia. Se escondió en la astronave antes de partir sin que nadie en Helión lo supiera.

Kalo se levantó y se puso a pasear, al parecer nervioso. De repente se volvió a Courton mirándole extrañamente.

—Ya sé que me va a preguntar muchas cosas, pero sólo puedo decirle que le hemos estado esperando doce horas, era importante la captura de usted y su astronave, y que mañana al amanecer vendrá una escuadrilla de nuestras fuerzas para trasladarle a presencia de nuestro Estado Mayor General. Tienen especial interés en interrogarle.

—Pero… ¿me llevarán a mí solo o vendrá conmigo Eveline?

—No lo sé, comandante Courton, todavía he de recibir instrucciones a este respecto.

—¿Y cuándo lo sabré? —preguntó con voz demudada Courton. La posibilidad de que le separaran de Eveline le desesperaba.

—Lo dudo que llegue a saberlo. En el caso de que le acompañe

irán en astronaves distintas.

Courton comprendió que la situación de Eveline y la suya no eran muy halagüeñas y que debía de resistir aquel golpe con la mayor fortaleza y serenidad posible.

—¿Puedo verla un instante, aunque sólo sea un momento para despedirme?

—No, comandante Courton… lo siento.

Courton apretó los puños de rabia… bueno, tal vez fuera lo mejor, pensó. Hasta la madrugada tendría tiempo de establecer algún plan, de ocurrírsele algo que pudiera resolver la comprometida situación de ambos.

—¿Puedes decirme, Kalo, qué ha sucedido aquí, dónde están todos los hombres de Helión?

—No, comandante Courton. La lucha no ha terminado y lo que usted me pide es un secreto militar.

—Luego… existe todavía lucha…

—Lamento que mi frase le haga concebir esperanzas. Yo, en su lugar, no me haría ilusiones… Perdóneme, le han de conducir a su aposento y le ruego que por su comodidad, no oponga resistencia.

Kalo hizo un gesto al hombre de la puerta, quien la abrió y, a los pocos instantes, penetraron por ella cuatro hombres armados. Courton se levantó del sillón y con paso resuelto, serenamente, se encaminó al encuentro de ellos poniéndose bajo su custodia y abandonando el salón.

Kalo permaneció en mitad del hemiciclo unos instantes, solo, pensativo, algo nervioso. Se puso a pasear, al parecer ensimismado en sus propios pensamientos y, de repente, se detuvo como si hubiese tomado una resolución. Tras de una pequeña vacilación se dirigió resueltamente hacia la puerta y abandonó también el salón.

Caminó por el amplio corredor al que daban los aposentos de los representantes del Sistema Solar y al llegar a la puerta del que fuera aposento del general Balbroock, se detuvo.

Franqueó ésta resueltamente y, al llegar al despacho, un hombre que había allí de guardia le saludó militarmente.

Kalo correspondió ligeramente al saludo y acercándose a la puerta que comunicaba con las habitaciones de Eveline se detuvo, golpeando con los nudillos sobre el tablero de cristaloplasto

azulado. La joven, desde dentro, dio permiso para que pasaran.

Eveline lo recibió de pie en mitad de un pequeño y sencillo saloncito.

—Me disculpará que venga a molestarla un momento, señorita Eveline.

—¿Cómo sabe usted mi nombre? —interpeló serenamente la joven, pero extrañada.

—Nos hemos visto en otra ocasión… ¿No se acuerda usted de Kalo?

—Ah, sí, perdone, no le había reconocido… Es que me encuentro algo aturdida por tantas sorpresas.

—Lo comprendo, pero tenía que hablar con usted. Es un asunto importante.

—Pero, ¿dígame, dónde está André?

—¿André?

—Sí, el comandante Courton.

Kalo esbozó una enigmática sonrisa.

—Por favor, siéntese… De él venía a hablarle precisamente.

Eveline se sentó en una butaca y Kalo hizo lo mismo frente a ella.

—Señorita Eveline —prosiguió, mirándola con fijeza—, tal vez comprenda que la situación de usted y la del comandante Courton es muy delicada… Tanto usted como él han sido los ejecutores de la destrucción de nuestro sistema, de nuestros mundos, de nuestros hogares, y… esto es grave. La acción de ustedes es de tal gravedad e importancia que precisa ser juzgada, necesariamente, por nuestros tribunales.

—Bien, si es necesario haremos frente a nuestra responsabilidad y aceptaremos el fallo de sus tribunales.

—Entonces… quiere decir que estaba usted ligada a la acción militar que tuvo como objetivo y consecuencia la destrucción de nuestro sistema.

—Sólo puedo decirle que me encontraba dentro del gran interruptor en el preciso momento en que el desastre se produjo.

—¿Fue usted voluntariamente a cometer tal acción en compañía del comandante Courton?

—Yo me introduje de incógnito pero voluntariamente en la

astronave porque amaba al comandante Courton.

—¿Y sabía usted la misión que específicamente llevaba éste?

—No, no lo sabía, pero cuando me enteré participé de todo corazón en ella… Lo siento, pero se trataba de la supervivencia de nuestro Sistema Solar, era también mi causa.

Kalo desvió su vista de los bellos ojos de Eveline y guardó silencio durante unos instantes. Después volvió a posar nuevamente su mirada sobre ella y dijo solemnemente.

—Señorita Eveline, si yo pidiera a mi gobierno hacerla a usted mi esposa inmediatamente toda la responsabilidad que pueda usted tener en este asunto le sería anulada. Nuestras leyes son así.

Al oír aquello, la joven se levantó de su butaca y respondió serenamente, con dignidad.

—Señor, lo siento. Este gran favor que reconozco y agradezco en toda su extensión no puedo aceptarlo y menos suponiendo para usted un sacrificio.

—Se equivoca. No hay sacrificio en ello por mi parte. Desde que le vi por primera vez, Eveline, me enamoré de usted… La quiero con toda mi alma y sólo deseo salvarla.

La joven, al oír aquello, quedó muda de asombro y de sorpresa. Lo que menos podía haber pensado ella, al ver entrar hacía unos minutos a aquel hombre, era que iba a hacerle una declaración amorosa y proposiciones de matrimonio. Aún después de haberle escuchado le parecía tan absurdo, tan fuera de toda lógica que le costó trabajo reponerse.

Kalo se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Le ruego que lo piense bien, señorita Eveline. Hasta la madrugada tiene tiempo de tomar una decisión. Su sacrificio de nada serviría al comandante Courton; sería una inutilidad… Pongo, pues, la vida de usted y mi felicidad en sus manos, no tengo otra manera de salvarla, de lo contrario sería yo quien se sacrificara.

Kalo, rápidamente y sin volver la cabeza, abandonó el saloncito quedando sola, en el centro de la estancia, la joven, abatida, inmóvil, con la mirada perdida en el vacío.

Lentamente llevó su mano derecha hasta su frente cerrando sus ojos y, dando unos pasos, se dejó caer sobre un cómodo sofá de color amarillo, sollozando amargamente.

* * *

Así, acostada sobre el sofá y con los ojos cerrados, había permanecido mucho tiempo. Cuando hubo recobrado su serenidad y disipado su llanto, cuando sus ideas pudo recobrarlas de aquel caos mental en que le sumiera la terrible situación en que el destino la colocaba, sintió deseos de no moverse, de permanecer así, inmóvil, toda la vida. No valía la pena de moverse, no valía la pena de vivir… Helión, invadido por los enemigos. El Sistema Solar sometido y sojuzgado; su felicidad quebrada, rota y deshecha nada más nacer, cuando parecía más segura… ¿Qué podía esperar ya? Si Courton moría ya no merecía la pena de vivir.

De pronto, le pareció que alguien pronunciaba en voz baja su nombre, pero no quiso abrir los ojos, sería una ilusión de sus sentidos… Pero de nuevo y, muy perceptiblemente, volvió a escuchar que su nombre era pronunciado por lo bajo por una persona que se encontraba muy cerca de ella.

Se incorporó intrigada y, abriendo los ojos, se encontró frente a un hombre moreno, sentado a muy poca distancia de ella y que, con el índice de su mano derecha sobre sus labios, le indicó guardara silencio.

Eveline contuvo un grito de sorpresa y sus ojos se animaron con una profunda alegría.

—¡Luiggi! —exclamó conteniendo la voz.

—Por favor, hable más bajo… pueden oírnos.

—Pero… ¿de dónde sale usted?

—No importa, ya le explicaré.

—Pero, ¿está usted solo aquí… en Helión?

—Sí, solo y… por casualidad.

—¿Cayó usted prisionero?

—No, no caí prisionero. Kalo y sus hombres no saben que me encuentro aquí… Supuse que les estaban esperando a ustedes y decidí quedarme, al menos no intenté evadirme, ya que, llegado este momento, creí que podría ser de cierta utilidad.

La joven le miró esperanzada.

—¿De cierta utilidad, dice…? ¡Oh, Luiggi, usted puede ser nuestra salvación, sobre todo de André! ¿Sabe usted que su

situación es muy comprometida?

—Sí, sé que quieren juzgarlo y pedirle responsabilidades por la catástrofe del brazo N. ¡Magnífico trabajo el realizado por ustedes!

—De poco nos ha servido, Luiggi. Ya ve, el enemigo ha ocupado Helión.

—Lo recuperaremos, no lo dude.

—Sí, tengo la seguridad de que será así, pero mientras tanto, ¿qué va a ser de André…? Su vida corre peligro inmediato. Kalo me dijo claramente que no tenía salvación. De madrugada vendrán a por nosotros dos y nos llevarán no sé dónde.

Luiggi miró a la joven enormemente sorprendido.

—¿A usted también?

—Sí, Luiggi, también, pero separada de él. Figúrese, nos íbamos a casar en cuanto llegáramos a Helión y… ya ve en qué ha terminado nuestra felicidad soñada.

Y sin poderlo evitar, la joven escondió su rostro entre sus manos sollozando en silencio.

Luiggi estuvo a punto de llorar. Comprendía perfectamente la decepción de Eveline.

—Señorita Eveline, es preciso ser fuerte y, en este momento, mucho más. Todo no está perdido… Precisamente he venido a hablarle de la salvación del comandante Courton y de usted; la fuga la tengo preparada.

—¿La fuga… habla de que tiene preparada nuestra evasión?

—Sí, en efecto.

—Pero, ¿será posible salir de aquí?

—Es difícil, pero no hay más remedio que intentarlo… Durante días me he pasado espiando a esta gente y sé lo que he de hacer. En primer lugar, tome esta pistola de compresión electrónica por si acaso le hace falta y usted espere aquí.

—Pero el comandante Courton, ¿sabe que se encuentra usted en Helión?

—No, no he querido verle por temor a despertar sospechas o a ser sorprendido.

—¿Sabe usted dónde está?

—Sí, y ahora voy a liberarlo. No podemos perder tiempo, dentro de cuatro horas llegarán diez astronaves y hemos de evitar

encontrarnos con ellas, por eso conviene darnos prisa.

—Vaya, vaya, enseguida. Yo les espero con verdadera impaciencia, y… Luiggi, si por cualquier circunstancia comprendiera usted que la seguridad de salvar a André pudiera comprometerse por venir a buscarme a mí, no lo dude un instante… salve a él que yo ya me las arreglaré. Se lo suplico, Luiggi, quiero que me dé usted su palabra de honor.

Luiggi miró a la joven con verdadera admiración. Le conmovía aquella actitud de Eveline, su disposición para el sacrificio, su valentía. Luiggi sonrió para serenarla.

—Todo saldrá bien. Vendremos a por usted. Confíe en mí.

Y resueltamente se deslizó en silencio por una pequeña puerta que había situada detrás de aquel diván amarillo, desapareciendo en la sombra.

Eveline escondió el arma entre sus ropas disimulándola lo mejor que pudo y se puso a pasear algo nerviosa e impaciente por la estancia.

Se acercó, después de unos instantes, a la puerta que comunicaba con las habitaciones de su tío y no escuchando ningún ruido que llamara su atención a la otra parte, volvió de nuevo al diván y se sentó pensativa. Sufría la impaciencia de la duda y del temor.

Mientras, Luiggi había salido a uno de los corredores laterales del Gran Cuartel General, deteniéndose unos momentos para ver si venía alguien y, después que se hubo cerciorado de que nadie se acercaba, se deslizó en silencio doblando un pequeño recodo del pasillo que había a la derecha y se detuvo.

Rápidamente pulsó un pequeño resorte disimulado que había en un ángulo de la pared y ésta se abrió en uno de sus extremos por el que se introdujo con presteza cerrándose aquella especie de escotillón detrás de él.

El primer piloto ayudante de Courton conocía perfectamente todos los pasillos y conductos secretos que comunicaban los puntos claves de Helión y aquél era uno de tantos de los cuales se había servido Luiggi, en aquellos días, para evadirse del enemigo y poder espiarlo sin ser descubierto ni sospechado.

Luiggi caminó durante un rato con un fusil de compresión electrónica bajo el brazo, por una especie de rampa que descendía

y llegado a una pequeña plazoleta formada por la desembocadura de cuatro pequeños túneles subió a una especie de plataforma que comenzó a ascender en silencio hasta una altura media, donde se detuvo.

Atravesó un pequeño corredor de unos dos metros y abrió una especie de mirilla que había a su término mirando lo que había detrás de aquel observatorio.

Se retiró de la mirilla y pulsó otro botón abriéndose una puerta de dimensiones algo mayores que su estatura por la que penetró resueltamente desembocando en la pieza principal del aposento del profesor Scanipe, ahora solitaria.

Luiggi lanzó una mirada en derredor suyo con cierta tristeza en su semblante y se dirigió resueltamente a la puerta principal. Para llegar a donde estaba Courton no había más remedio que salir al corredor general y andar unos metros a pecho descubierto. Sólo deseaba un poco de suerte.

Escuchó durante unos momentos y no oyendo fuera el más leve ruido que llamara su atención, abrió la puerta y salió al corredor.

Miró a izquierda y a derecha y no divisó a nadie. Esto le tranquilizó. El arma la llevaba presta para defenderse.

Echó a andar hacia la izquierda procurando no hacer el menor ruido y, una vez que llegó al límite máximo de la curvatura que formaba el corredor, se situó junto a la pared y caminó con lentitud apegado de espaldas a ella.

De repente se detuvo. A unos metros se encontraba el aposento donde estaba Courton y, junto a la puerta, divisó a dos hombres de Andrómeda que montaban guardia.

No había más remedio. En menos de un segundo se destacó de la curva que formaba la pared y apuntando rápidamente con su fusil a aquellos dos hombres les lanzó una descarga de rayos paralizantes.

Éstos no tuvieron tiempo ni tan siquiera de empuñar el arma que llevaban. Frente a Luiggi quedaron paralizados, rígidos, aquellos dos hombres, enfundados en su traje y su escafandra, con los ojos desorbitados.

De un salto salvó la distancia que le separaba de la puerta y abrió ésta entrando donde estaba Courton.

Éste que estaba descansando, al oír abrirse la puerta se incorporó ligeramente. Su sorpresa no tuvo límites.

—¡Luiggi! ¿De dónde sale usted?

—Vamos, mi comandante, no podemos perder ni un segundo. Dese prisa, sígame, ya tendremos tiempo de hablar.

Courton comprendió inmediatamente la situación y se lanzó a toda velocidad del lecho donde hacía unas horas se había tumbado pensando de qué manera podría rescatar a Eveline.

—Ayúdeme, mi comandante, a meter a estos dos hombres aquí dentro y ocultarlos… Esto es conveniente.

Rápidamente arrastraron a los dos hombres de Andrómeda, rígidos, como si fueran dos muñecos de cartón, al interior del aposento y, después de desarmarlos, los colocaron detrás de un mueble para que no fueran descubiertos a primera vista.

—¡Bravo, muchacho! Jamás supuse que estuviera usted por aquí… Ya me explicará luego qué es lo que ha pasado —dijo Courton con el rostro encendido por la emoción de verse liberado.

—Vamos deprisa, mi comandante, la señorita Eveline nos está esperando.

—¿Eveline esperando…? Luego, quiere decir que la ha visto usted, ¿no?

—Sí, mi comandante, pero vámonos, se lo ruego.

Courton se había excitado de pensar que iba a reunirse nuevamente con Eveline, su novia; de repente, su coraje había crecido extraordinariamente.

Courton empuñó un fusil de los de Andrómeda y, haciendo un gesto con la cabeza a Luiggi, abandonaron aquel aposento saliendo al corredor.

—¿Por dónde ha llegado usted hasta aquí? ¿Supongo que habrá utilizado los corredores secretos?

—Sí, mi comandante, he utilizado el del profesor Scanipe que es el más cercano.

—Bien, vamos allá.

Se introdujeron en el aposento del profesor Scanipe desde donde pasaron al corredor secreto, descendiendo en la plataforma que había dejado preparada Luiggi.

—¿Se encuentra bien Eveline? —preguntó Courton mientras

ascendían por la rampa de aquel pequeño corredor en dirección a los aposentos de la joven.

—Perfectamente, mi comandante, y su moral es magnífica. Mi presencia le reconfortó.

—Es natural… Pero… bueno, no me explico qué diablos hacía usted aquí, en Helión, así suelto… ¿Hay alguien más de los nuestros aparte de usted?

—No, estoy yo solo.

—Pero… y Kalo…

—No sabe nada. Mi presencia en Helión no ha sido sospechada; ya le explicaré, mi comandante.

—Bueno, pero tendrá usted algún plan concreto.

—Sí, concretísimo. Tenía preparado un boliciclo para cuando llegaran ustedes, una vez rescatados, evadirnos, pero lo haremos en la astronave famosa, en el gran interruptor.

—Dice usted, ¿cuando llegáramos nosotros?

—Claro… Kalo esperaba y yo sabía lo que esperaba, por eso determiné esperar yo también.

—Menos mal, de lo contrario no hubiera habido solución para Eveline ni para mí.

—Ella está muy preocupada, me ha suplicado que si la seguridad de usted se veía comprometida o amenazada por salvarla a ella que la abandonáramos.

—Eso, jamás.

Los ojos de Courton centelleaban de coraje ante el peligro y ante la posibilidad, casi segura, de tener que luchar por Eveline y defenderla.

Habían llegado al final del corredor secreto. Con las precauciones necesarias salieron al otro corredor y se encaminaron en silencio, procurando no hacer ruido, a los aposentos de la joven. A Courton le golpeó fuertemente el corazón, emocionado por la proximidad de su novia a la que, por unos instantes, creyó que había perdido para siempre.

Franquearon la entrada, silenciosos, escuchando siempre previamente para no ser sorprendidos y se dirigieron al saloncito donde estaría esperando Eveline en el que penetraron sin hacer el menor ruido.

La joven se encontraba sentada en el diván amarillo con la cara apoyada entre sus manos y, de repente, enderezó su cuerpo notando que alguien se encontraba a sus espaldas. Lentamente, con miedo, con la duda de si sería posible, volvió su cabeza y unos poderosos brazos le rodearon abrazándola tiernamente apasionados. Eveline creyó desfallecer de felicidad. Courton estaba a su lado.

—Mi vida, otra vez juntos —susurró Courton levemente—. No he pensado en otra cosa más que en este momento.

—¡Oh, André… gracias a Dios, creí que no volvería a verte más!

Y así, abrazados, permanecieron unos segundos gozando infinitamente de aquel encuentro. Luiggi se impacientó.

—Mi comandante, el tiempo apremia —dijo con un leve carraspeo, algo violento y ruborizado por aquella escena amorosa.

—Vamos; tiene razón, Luiggi, no podemos perder ni un solo segundo.

Y cogiendo del brazo a Eveline abandonaron los aposentos de la joven, seguidos de su primer piloto.

—Hacia dónde hemos de dirigirnos, Luiggi.

—A la plataforma interior central de lanzamientos. Allí está su astronave.

—Pero, estará vigilada, ¿no?

—Supongo que sí, pero caeremos por sorpresa sobre los hombres que estén de vigilancia y nos haremos con ella.

—¿Y si mientras se dan cuenta de nuestra fuga y dan la alarma y refuerzan la vigilancia? —apuntó Eveline con cierta timidez.

Courton guardó silencio ante la sugerencia de la joven y miró interrogativamente a Luiggi.

—De todas maneras, si usted lo prefiere, tengo preparado un boliciclo en el depósito D de la plataforma lateral —dijo Luiggi.

—No, hemos de recuperar nuestra astronave a costa de lo que sea. No podemos consentir que caiga en manos del enemigo. Para ellos tiene un interés especial y hemos de evitarlo. Hay dos razones: la astronave es un secreto militar nuestro y, por otra parte, no hay ninguna otra que pueda aventajarle en velocidad. Aunque Kalo y sus hombres nos siguieran jamás llegarían a alcanzarnos.

—Entonces, no esperemos más —dijo Luiggi poniéndose en

marcha. Courton y Eveline le siguieron. Cruzaron el corredor lateral en silencio y se introdujeron por un escotillón disimulado en la pared misma del recodo que formaba el corredor antes de desembocar en la gran avenida que conducía a la entrada principal del Gran Cuartel General.

Caminaron durante unos minutos por aquel pasillo que formaba parte de las comunicaciones secretas de Helión, Courton, seguido de Eveline y Luiggi, con las armas prestas para cualquier eventualidad y, antes de llegar a una especie de plazoleta en la que convergían varios pasillos secretos, se pararon un instante guardando silencio y observando la desembocadura.

Después de cerciorarse de que no había novedad, continuaron andando y, llegados a aquella plazoleta, torcieron a la izquierda por otro pasillo levemente iluminado.

Llegados al final, Courton se detuvo y, sobre la pared central, donde quedaba cortado aquel pasillo, a la altura de su cabeza, hizo girar una pequeña mirilla ionoscópica desde la que observó el exterior.

—En efecto —dijo retirándose, al instante, de su observatorio—, ahí está nuestra astronave, pero hay tres hombres guardándola.

—Pocos son, mi comandante. Será fácil derrotarlos.

A Courton le brillaron los ojos. Siempre que se encontraba ante una empresa difícil su coraje era desbordante. Miró a Eveline que escuchaba en silencio, algo nerviosa por temor a que no salieran las cosas bien, sonriéndole y después se dirigió a Luiggi.

—¿Conoce usted la comunicación secreta del corredor de la torre central de mandos?

—Sí, mi comandante, conozco esa comunicación perfectamente.

—Bien… Ya sabe usted que sale al extremo derecho de la plataforma interior… Usted aparezca por allí y llame la atención de esos tres vigilantes y, desde aquí, Eveline y yo los batiremos, ¿comprendido?

—Comprendido, mi comandante.

—Pues, manos a la obra rápidamente, ya que, al parecer, aún no se han dado cuenta de nuestra evasión.

—Sí, Luiggi, por favor dese usted prisa ya que temo que de un momento a otro se den cuenta de nuestra fuga y cunda la alarma —

intervino apremiante Eveline sonriendo impacientemente.

Luiggi se alejó seguidamente por el pasillo hacia la plazoleta y dobló a la izquierda, desapareciendo.

Courton se acercó a la mirilla y observó nuevamente el exterior. Al pie de la majestuosa astronave, dispuestos en triángulo, estaban tres hombres armados de guardia en actitud indolente y algo descuidada.

De pronto los tres hombres se enderezaron en actitud rígida y vigilante y por la espaciosa y enorme desembocadura que comunicaba con el Gran Cuartel General apareció Kalo seguido de diez hombres armados, dando todos muestras de gran agitación y nerviosismo.

Courton y Eveline comprendieron lo que ocurría. Había sido descubierta su fuga.

—Nos han echado de menos, André —exclamó la joven con un gesto de preocupación.

—Sí, nos están buscando, pero no te preocupes, escaparemos… Ahora verás cómo resolvemos esta situación.

Courton atisbó nuevamente por la mirilla ionoscópica. Kalo estaba en aquel momento interrogando a los tres hombres de guardia. Rápidamente dio varias instrucciones a sus hombres, dejó apostados a dos más en la desembocadura del enorme corredor que conducía al GCG y abandonó la plataforma seguido de los ocho hombres que le quedaban en dirección a la gran torre central de defensa.

—Tenemos suerte… son poca gente y, además, desconocen muchas cosas de Helión —dijo Courton—. Pronto aparecerá por aquella parte Luiggi, en cuanto esto ocurra hemos de salir rápidamente a la plataforma… Tú, Eveline, dispararás sobre esos dos que hay en la desembocadura del corredor, yo me encargaré de esos tres, ¿de acuerdo?

La joven hizo un gesto afirmativo con la cabeza y sonrió animosa mientras empuñaba su pistola de compresión electrónica que le diera Luiggi. Courton le acarició la mejilla.

—Estemos alertas —prosiguió Courton—, Luiggi no tardará mucho en irrumpir en la plataforma para llamar la atención.

La joven hizo un gesto animoso y ambos concentraron su

atención a través de la mirilla ionoscópica, para no perder de vista el sitio por donde, de un momento a otro, aparecería Luiggi.

Al cabo de unos tres minutos, aproximadamente, de impaciente espera un pequeño trozo de la pared lateral de aquella inmensa plataforma interior comenzó a abrirse suave, despacio.

—Ahí está… ¡preparémonos! —exclamó Courton empuñando fuertemente su fusil electrónico y dispuesto a saltar a la plataforma rápidamente.

Luiggi se destacó de aquella especie de agujero cuadrado que imprevistamente para los hombres de Andrómeda se había abierto en aquel extremo lateral de la plataforma y sin más preámbulo hizo una descarga de rayos paralizantes sobre el hombre que tenía más cerca.

Los otros cuatro restantes, sorprendidos por aquel inesperado suceso intentaron reaccionar y pasar a la ofensiva pero, en aquel preciso momento, aparecieron rápidamente Courton y Eveline, casi en el extremo opuesto y, antes de que se apercibieran Courton descargó su fusil sobre los dos hombres que habían quedado junto a la astronave y Eveline puso fuera de combate de dos acertadísimos disparos de pistola electrónica, a los otros dos hombres que habían montado guardia en la desembocadura del gigantesco corredor.

Unos cuantos segundos habían bastado para hacerse dueños de la situación.

Como una exhalación corrieron los tres hacia la astronave y, llegados al escotillón exterior, Courton ayudó a Eveline a introducirse por éste al interior de la famosa astronave, quien le siguió precedido de Luiggi.

Ya dentro de la cabina de mandos, Courton accionó rápidamente el mecanismo de cierre del escotillón, el que se cerró fuertemente quedando aislados y protegidos del exterior.

—Tendremos que romper el techo, mi comandante. Me he dado cuenta que la plataforma exterior está cerrada.

—Ya me he dado cuenta yo también. Prepare los impulsores y yo me encargaré de deshacer el último obstáculo que nos queda.

Luiggi, con la mayor presteza, ocupó su puesto y puso inmediatamente en marcha los impulsores de la astronave.

Courton se acercó, al mismo tiempo, al disparador del

desintegrador magnético que la astronave llevaba como defensa y, rápidamente, dio vueltas a un botón colocando la carga al máximo, apretando, acto seguido, con la mayor energía, un botón de color azulado.

Una tremenda sacudida conmovió la esbelta astronave y una horrísona explosión se oyó en su exterior, atronadora, como si el planetoide fuera a desgarrarse.

—¡En marcha, Luiggi! —gritó Courton con la energía que le caracterizaba en los momentos de acción y de combate.

Luiggi bajó rápidamente la palanca de los impulsores, tembló por unos momentos bajo sus pies la cabina de mandos y la famosa astronave salió disparada por la enorme abertura que habían causado en el techo de la plataforma, hacia los espacios interestelares, camino de su libertad y de su gloria.

—¡Al fin libres! —exclamó entusiasmada Eveline, y corriendo se lanzó en los amorosos brazos de Courton, llorando de emoción y de alegría.

Helión y la pesadilla de su cautiverio había quedado atrás, muy atrás, como un símbolo de lucha y de esperanza.

CAPÍTULO VII

—EL choque de una fuerza magnética con un campo eléctrico produce un signo contrario en toda unidad electromagnética, por lo que debido a este pequeño truco, imprevisto por su elementalidad, se valieron los hombres de Andrómeda para anular toda acción y toda defensa de Helión —explicó Luiggi a Courton y Eveline que sentados en la cabina de mandos de la esbelta y famosa astronave, cruzaban el espacio, libres ya de toda amenaza.

—Sí, pero no comprendo cómo pudieron crear ese imponente campo eléctrico —comentó Courton que, situado frente a la pantalla sidero-fotoscópica, no perdía de vista el rumbo que marcaba la astronave.

—Aprovechando la energía solar aumentaron la carga positiva de nuestro planetoide, a distancia, a mucha distancia, sin que nadie pudiera sospecharlo, todo el mundo estaba un poco embriagado y confiado en nuestra victoria, en la victoria que ustedes habían hecho realidad… Después, no sé de qué manera, lanzaron repetidas cargas magnéticas y sobrevino el desastre, un desastre total en el que todos perdimos el conocimiento, nuestra conciencia, quedando de una manera fácil y sencilla a merced del conquistador. No hubo tiempo ni de apretar un solo botón para defendernos. Esto lo digo por lo que pude después comprobar. Todo permanecía intacto, como si no hubiese ocurrido nada.

—Pero ¿y usted cómo pudo escapar al desastre?

—Me sorprendió, por casualidad, por un capricho del destino, en uno de los pasillos secretos del planetoide. Tenía prisa y quise ahorrar tiempo y allí me quedé. Cuando recobré la conciencia no

pude explicarme qué es lo que había ocurrido. Tuve la suerte de ver un pelotón de hombres de Andrómeda, sin que yo fuera visto, andar despreocupadamente por Helión, como dueños y señores, y entonces tuve la evidencia de lo que ocurría.

—¿Y se llevaron a todos, jefes y personal?

—Es evidente, pues no he visto a nadie.

—¿No habrán quedado algunos prisioneros en Helión?

—En absoluto. A partir del instante en que recobré mi conciencia y me percaté de lo que ocurría comencé a investigar y registrar todos los rincones de Helión con la esperanza de encontrarme con algún compañero, pero no encontré ni rastro. Después, por indicios tuve la seguridad de que habían sido evacuados todos, sin ninguna excepción.

—Es extraño —comentó Courton algo intrigado—, lo que no me explico es cómo pudieron efectuar esas descargas magnéticas… Por cierto ahora que recuerdo ¿recuerdas, Eveline, aquella franja magnética que nos encontramos antes de llegar a Helión que nos produjo extrañeza por su estrechez?

La joven asintió con la cabeza. Luiggi continuó:

—Es de suponer que ellos contaban con algo parecido a nuestro famoso gran interruptor, quizá en menor escala, y que al tomarles usted la delantera cortándole las amarras a la constelación de Andrómeda, lo emplearon sobre Helión.

—Sí, es lógico suponerlo, pero dígame, Luiggi, ¿y no sospecha usted adónde pudieron llevarse prisioneros a todos los altos jefes militares y científicos de Helión?

—No lo sé… tal vez a la Tierra o a Marte… ¡qué sé yo!

—En mi conversación con Kalo se le escapó, involuntariamente, que la lucha continuaba entre nosotros y ellos. ¿Tiene usted alguna noticia sobre esto?

—Por lo que he podido observar sabía que la lucha continuaba y que no estaba todo perdido. Ahora, concretamente, no sé nada sobre el desarrollo de la contienda… No obstante…

—Bueno, pero, ¿y nuestras fuerzas de combate, dónde estaban?

—A eso iba, mi comandante… El núcleo principal de todos nuestros efectivos, tanto ofensivos como defensivos, se estableció inmediatamente marcharse usted, en el planeta Saturno, que es a

donde nos dirigimos ahora, al mando del capitán Wellington, pero desconozco su despliegue estratégico.

—¿Y si Saturno ha sido tomado por el enemigo? —preguntó preocupada levantándose Eveline, la que había seguido con creciente interés las palabras de Luiggi.

—No, tengo la completa seguridad. Nuestras fuerzas eran muy numerosas y, al enterarse del desastre de Helión, estarán preparando la ofensiva para reducir al enemigo y reconquistar nuestro planetoide.

Luiggi había dado a sus palabras un tono de firmeza que tranquilizó en cierto modo a Eveline.

—De todas formas —dijo Courton tratando de disimular su preocupación—, no conviene descartar del todo esa posibilidad, sin que convenga tampoco olvidar que nos encontramos en la astronave más ligera que se haya construido jamás. Esto nos sitúa en una posición ventajosa extraordinaria, de preponderancia, diría yo, sobre los demás… Nos acercamos a Saturno con cierta precaución y si no viéramos las cosas claras, o tuviéramos la evidencia de que está ocupado el planeta por el enemigo, nos marcharemos a otro sitio y reconstruiremos nuestros planes. ¿Te parece bien, Eveline?

—Sí, André, obrar con prudencia me parece lo mejor. No quiero que corras ningún riesgo. Si cayeras en manos del enemigo tu situación volvería de nuevo a ser muy comprometida.

—Ten confianza, Eveline —dijo Courton sonriendo mientras acariciaba cariñosamente las manos de la joven—, ya verás cómo todo esto termina bien y podemos gozar de la felicidad que nos pertenece.

Courton se levantó de su asiento y se acercó a la pantalla siderofotoscópica.

—Ya nos acercamos a Saturno… Luiggi, prepare la pantalla de imagen corta y vaya observando la superficie con el telefoco. Yo cuidaré del rumbo y de la velocidad y, en cuanto observe la menor cosa que le llame la atención, avíseme.

Luiggi se acercó a la pantalla que le indicara Courton y la puso en funcionamiento. Esperó unos segundos y maniobró el telefoco profundizando la visión en el espacio hasta obtener una perfecta imagen del planeta más bello del Sistema Solar. Saturno, con su

brillante anillo de colores irisados, aparecía majestuoso suspendido en los espacios como una pequeña esfera y a cuya superficie no tardarían mucho tiempo en llegar.

Eveline se paseaba de un extremo a otro del pequeño cuadrilátero central de la cabina de mandos, unas veces mirando la pantalla sidero-fotoscópica, delante la cual se encontraba vigilante Courton y otras, a la imagen corta, manejada con la mayor atención por Luiggi en su función de explorador.

Así pasaron varios minutos. La tensión y el silencio crecían en aquella cabina en la que cada cual, a medida que se acercaban a Saturno, aumentaba la inquietud y, al mismo tiempo, la ansiedad por llegar y salir pronto de aquella duda.

La esfera de Saturno se agrandaba por momentos en la pantalla. Luiggi observaba con extremada atención y minuciosidad.

De pronto llamó a Courton. Éste conectó el piloto automático y se acercó a donde estaba Luiggi, seguido de Eveline.

—¿Qué ocurre, Luiggi?

—Observe esa cosa extraña que aparece y desaparece como si fuera una superficie… ahora son varias.

Courton miró intrigado. Unos reflejos extraños, algo difusos y prolongados aparecían desvaneciéndose a los pocos instantes dentro de una línea que pudiera trazarse a unos cuarenta y cinco grados del plano del anillo. Quedó pensativo unos instantes y después maniobró él personalmente la pantalla haciendo retroceder la visión del telefoco. Aquellos reflejos extraños se hicieron visibles y aparecieron perfectamente dibujados en la pantalla.

—Son plataformas de observación y defensa —dijo con cierto optimismo y alegría Courton—. Son nuestras, las reconozco.

El bello rostro de Eveline se animó extraordinariamente y un suspiro de alivio se escapó de sus rojos labios ante la afirmación esperanzadora de Courton, quien continuó maniobrando el telefoco de la pantalla.

—Sí, no cabe la menor duda —prosiguió mientras observaba aquellos discos voladores gravitando alrededor del planeta—. Son nuestros… mire, Luiggi, las instalaciones militares. Hace algunos años, cuando era teniente todavía, estuve destacado en una de estas plataformas. Las conozco como si fueran mi propia casa.

—¿Crees que nos habrán visto, André? —preguntó Eveline entusiasmada.

—Es fácil, casi seguro que nos estarán vigilando desde hace rato.

—Envíe un mensaje, mi comandante, anunciando nuestra llegada —dijo Luiggi buscando con la vista los transmisores abordo Courton sonrió ante el desconcierto de su primer piloto.

—Esta maravillosa astronave carece de toda comunicación con el exterior… Es una de sus armas defensivas dentro de los fines para que fue creada, pero ahora sería distinto… Lo siento, Luiggi.

—¿Y tampoco puede recibir mensajes?

—En absoluto… Estamos aislados totalmente.

—Bien, entonces, ¿qué podemos hacer?

—Intentaremos aterrizar en una de esas plataformas, y desde allí nos pondremos en comunicación con Wellington.

—¡Qué alegría va a llevarse mi hermano! —exclamó Eveline.

—Sí, querida, volveremos a luchar juntos y venceremos… Luiggi, permanezca aquí junto a esta pantalla y avíseme de cuantas novedades observe. Yo voy a coger el mando de la astronave y preparar la maniobra de aterrizaje en una de esas plataformas… Ven conmigo, Eveline.

Luiggi se hizo cargo de los mandos de la pantalla de imagen corta y Courton, acompañado de Eveline, se puso ante el cuadro de mandos y control de la astronave.

—Deme la situación exacta de la plataforma más próxima, Luiggi.

El primer piloto tomó los datos necesarios de la lectura de control de la pantalla y se los trasmitió a Courton.

Éste hizo accionar el pequeño cerebro electrónico auxiliar del cuadro de mandos y control y, una vez que hubo situado la astronave en dirección a la plataforma más cercana de defensa de las fuerzas del Sistema Solar en Saturno, conectó el piloto automático.

Seguido de Eveline, que le observaba en silencio, se acercó a la pantalla sidero-fotoscópica para comprobar la fidelidad de la ruta.

Pero no bien se hubo acercado a la pantalla grande un gesto de extrañeza apareció en su rostro y aguzó su vista observando seis

manchas extrañas, de contornos difusos, aparecidas en el cuadro de visión de la misma. Courton se sobresaltó.

—¿Qué es eso, André? —preguntó inquieta Eveline.

Pero en aquel mismo momento Luiggi se volvió hacia ellos radiante de alegría.

—¡Boliciclos a la vista, mi comandante!

Courton corrió hacia la pantalla de imagen corta. Sobre la misma aparecían dibujados con absoluta nitidez dos boliciclos de combate con las insignias del Sistema Solar.

Courton respiró con fuerza tranquilizándole la presencia de aquellas astronaves. ¡Por fin estaban a salvo!

—¡Bravo! —gritó Eveline abrazándose a Courton—. Ya estamos entre los nuestros, André.

La emoción se reflejaba en el rostro de aquellas tres personas que tanto habían padecido y que por tantas inquietudes y zozobras habían pasado.

Courton maniobró la pantalla de imagen corta recorriendo la visión alrededor de la astronave hasta contar con seis boliciclos de combate, los equivalentes a las manchas de la pantalla siderofotoscópica que un momento antes observara y que tan fuerte susto le ocasionaron.

De repente, uno de los boliciclos, inició una maniobra y describiendo un imponente círculo se acercó a la astronave colocándose a muy poca distancia y paralelo a ella.

Courton, al igual que Luiggi, comprendieron inmediatamente lo que aquello significaba.

—Quiere que le sigamos, Luiggi… Tome el mando de la astronave y yo le iré indicando los datos para que determine usted el rumbo y la velocidad.

De un salto se colocó Luiggi junto al cuadro de mando y control de la astronave y esperó las órdenes de Courton.

Nuestro comandante siguió enfocando con la pantalla de imagen corta al boliciclo y, atentamente, esperó a que iniciara la maniobra piloto.

Pasados unos momentos, el boliciclo aceleró su velocidad adelantándose a la astronave de Courton, quien trasmitió los datos precisos a Luiggi para que corrigiera la ruta.

El primer piloto cumplió rápidamente las órdenes de Courton y la astronave inició la nueva ruta que le marcara el boliciclo. Courton continuaba observando con la mayor atención al boliciclo y daba a Luiggi las órdenes precisas para que éste mantuviera la astronave a una prudencial distancia de la nave de combate.

—Nos dirige a otra plataforma —comentó en voz alta Courton que no perdía ni un solo instante el contacto electrónico con el boliciclo.

Pasaron sobre dos gigantescas plataformas y, avistada la tercera sobre la pantalla, Courton observó que el boliciclo iniciaba un rápido descenso en dirección a ésta. Rápidamente comunicó los datos exactos a Luiggi para que hiciera lo propio.

Una vez determinada la situación exacta de la plataforma sobre la que iban a aterrizar, Luiggi conectó en el cuadro de mando el aparato automático de aterrizaje y, a los pocos instantes, la astronave se posaba sobre la pista de aquel gigantesco disco suspendido en el espacio. Estaban ya en casa, pensó Eveline.

—Pongámonos los trajes espaciales —observó Courton.

Luiggi los sacó del pequeño armario donde se guardaban y, rápidamente, se puso cada uno el suyo, ayudándose mutuamente a ajustarse la escafandra de cristaloplasto.

En un momento estuvieron los tres listos para salir al exterior.

Courton, acercándose al automático de cierre del escotillón exterior, pulsó uno de sus mandos y abandonaron la cabina, saliendo fuera de la astronave.

Dos hombres vestidos con traje espacial, dos terrestres, les estaban esperando al pie de la misma.

Al ver a aquellos dos hombres, dos hombres del Sistema Solar y, para colmo, del mismo planeta, la emoción de Courton, Luiggi y Eveline no tuvo límites. Los bellos ojos de la joven se habían humedecido. Había deseado tanto ver a André fuera de peligro que aquella escena le parecía un sueño. Uno de los hombres se acercó.

—¿El comandante Courton? —preguntó saludando militarmente.

—A sus órdenes —contestó Courton.

—A las suyas siempre, mi comandante —respondió aquel hombre con una sonrisa—. ¿Tienen la bondad de seguirme?

Los tres siguieron a aquel hombre, permaneciendo el otro al pie de la astronave, hasta una de las dos torres de defensa y control de la plataforma. Eveline se cogió del brazo de Courton.

Llegados, se introdujeron en uno de los ascensores, ascendiendo en unos instantes hasta el piso superior, donde fueron recibidos por el jefe de la base interplanetaria. Éste era un hombre delgado y más bien bajo de estatura. Después de saludar a Courton militarmente, alargó su mano estrechando la de nuestro comandante efusivamente.

—Me alegro extraordinariamente de conocerle, comandante Courton, y testimoniarle mi admiración.

—Gracias —dijo sonriendo éste.

—Pero, pasen… pasen aquí, a mi despacho.

Le siguieron hasta la oficina de mando y control de la torre y les invitó a sentarse, con una sonrisa.

—Le ruego que me informe de nuestra situación, de los efectivos de nuestras fuerzas y de los planes que se preparan.

—Siento no ser yo el que pueda informarle de todo eso… Nuestro Estado Mayor le está esperando y le informará con todo detalle.

—¿Que me está esperando? —preguntó perplejo Courton.

—Sí, comandante Courton. Desde hace dos horas su astronave fue detectada e identificada por nuestras patrullas de exploración. Lo comuniqué a nuestro Estado Mayor y le están esperando.

—En este caso creo que debo presentarme a la mayor brevedad posible.

—En efecto, reclaman su presencia con la mayor urgencia —repuso el jefe de la base.

—Entonces, le ruego me indique dónde está el Cuartel General para trasladarnos inmediatamente.

—Le sería muy difícil encontrarlo, comandante Courton, de no haber estado ya allí… Para evitar este inconveniente y, al mismo tiempo darle la bienvenida, el Estado Mayor ha enviado un emisario especial que les conducirá al Cuartel General.

Y levantándose de su sillón pulsó un botón que había sobre su mesa de trabajo. Courton y los demás se levantaron también para despedirse.

Una de las puertas del lateral derecho de la estancia se abrió y penetró en el aposento un hombre de aspecto conocido que se detuvo en el umbral sonriendo.

—Les presento al emisario del Estado Mayor —dijo el jefe de la base señalando al hombre que acababa de entrar.

—¡Dick! —exclamaron a la vez Courton y Luiggi.

El segundo piloto de Courton corrió hacia ellos, todo emocionado, abrazándolos efusivamente. Courton descubrió que sentía más afecto por sus subordinados que lo que él pensaba.

CAPÍTULO VIII

UNAS siete horas duró la reunión de los jefes del Estado Mayor con Courton en un lugar del planeta Saturno.

En dicha reunión, Courton expuso con el mayor número de detalles todo lo que le había acaecido desde su salida de Helión con la astronave denominada «gran interruptor», y él, a su vez, fue informado de la situación general y de los planes militares que, en aquel momento, se encontraban en elaboración.

De esta manera supo que el general Balbroock, el insigne profesor Scanipe y todo el elenco militar y hombres de ciencia del Sistema Solar se encontraban prisioneros de los hombres de Andrómeda en el planeta Venus. Que los efectivos mayores del enemigo se encontraban reorganizándose en los planetas la Tierra y Marte, y que una fuerza poderosa de vanguardia se había estacionado en Júpiter.

En total, los efectivos enemigos se suponían en unas setecientas mil astronaves, entre naves de transporte y combate. No se sabía exactamente el número de hombres de que disponía el Estado Mayor de Andrómeda, pero se calculaba que entre mujeres, niños de variada edad y combatientes, sumaban unos cinco millones de personas.

El éxodo desde la constelación de Andrómeda había sido imponente, pero se comentó, en la citada reunión, que el número se estimaba en centenares de millones de personas que habrían quedado allí, debía ser incalculable.

El golpe del enemigo causado al Sistema Solar había sido maestro. Se enfrentaban con un enemigo numeroso, obstinado y

sagaz y, lo que era más temible, desesperado ante la necesidad de seguir viviendo aún en condiciones incómodas. Se trataba de una lucha a vida o muerte y era preciso jugar a una sola carta con la astucia más serena, todo los recursos de que se disponían. Las fuerzas reagrupadas de que disponía el Estado Mayor de Saturno, única fuerza organizada en todo el Sistema Solar para luchar contra las de Andrómeda, eran de quinientas mil astronaves y un millón quinientos mil hombres combatientes. Esta diferencia traducida en inferioridad de efectivos, preocupó a Courton desde el momento que lo supo.

Al finalizar su discurso Courton ante los jefes de Estado Mayor, repitió por dos veces que la base del éxito sólo la veía en emplear a fondo una inteligente estrategia, pues tácticamente no convenía forzar de frente la posición enemiga por la inferioridad de efectivos de las fuerzas del Sistema Solar.

Momentos antes de terminar la reunión, Courton, en el que se tenía especial confianza por sus dotes manifiestas y su gran prestigio adquirido, fue nombrado jefe supremo de todas las fuerzas combinadas, quedando Wellington como jefe de la fuerza táctica dependiente del Estado Mayor.

Inmediatamente se pusieron los dos en estrecha colaboración a trabajar y las consultas, reuniones y cambios de puntos de vista con los jefes de los distintos departamentos y hombres de ciencia, duraron hasta bien entrada la noche.

Una vez terminado el difícil y complicado trabajo de aquel agotador día, Courton y Wellington, se retiraron a los departamentos de Wellington, donde Eveline les sirvió una cena ligera, a la que acudieron como invitados especiales y de confianza, Luiggi y Dick.

Aquel acto íntimo y sencillo transcurrió en un tono de camaradería y afecto extraordinario. Se comentaron incidentes pasados, se refirieron anécdotas e incluso se celebraron algunos chistes rebosantes de muy buen humor.

La cena terminó y Luiggi y Dick se retiraron a sus departamentos a descansar.

—Hay una cosa que me preocupa grandemente, amigo Wellington, y es la diferencia de efectivos entre nosotros y el enemigo… Para poder compensar esta diferencia hemos de atacar

nosotros primero, es decir, elegir el momento y la circunstancia que más nos favorezca, por ello necesitamos adelantar nuestros planes. Una verdadera carrera contra reloj. Si por el contrario nos viéramos atacados en cualquier momento nos pondría en un verdadero aprieto… ¿Comprendes el por qué de mi prisa?

—Sí, lo comprendo, pero no se ha podido correr más. Después del desastre de Helión, aun trabajando de noche y día, hemos tenido que improvisar muchas cosas.

Courton guardó silencio y pareció reflexionar.

—La victoria hemos de asegurarla en un casi noventa y nueve por cien de posibilidades, es preciso; dada nuestra inferioridad numérica se hace necesario el empleo de un arma nueva, que no haya sido prevista por el enemigo, para poder compensar esta deficiencia nuestra.

—¿Un arma nueva, dices…? ¿A qué te refieres, amigo Courton?

—A ninguna especialmente, pero estoy pensando en dos cosas… Mira, no podemos enfrentarnos con las mismas armas y en inferioridad en número; esto sería exponerse demasiado y lo arriesgamos todo, no lo olvides… Hemos de emplear algo nuevo.

—Sí, en efecto; eso sería lo mejor, pero no sé a qué te refieres.

—Concretamente pienso que hay armas clásicas que, por lo inesperado y lo absurdo de su empleo ahora, podrían transformarse sorprendentemente en nuevas y pudieran dar buen resultado. Me estoy refiriendo a la desintegración del átomo en cadena y, por otra parte, al empleo del arrinconado motor fotónico. Puede que esto último, empleado como arma y montado sobre vehículos de reducida estructura pudiera dar excelentes resultados.

Courton que se había levantado de su asiento, se paseaba de un lado a otro de la estancia, y sus palabras parecían más bien una reflexión en voz alta que un comentario con su amigo Wellington.

—Explícate, Courton, no comprendo qué es lo que estás tramando; si es que estás tramando algo.

Courton cesó de pasear un instante y guardó silencio quedando de espaldas a Wellington. De repente se volvió a su amigo bruscamente.

—Vamos a intentar resolver el problema rápidamente… No podemos perder tiempo.

Se acercó a la mesa de trabajo que había en un extremo del saloncito y pulsó un botón. Al instante apareció el oficial de guardia del departamento.

—Avise a los profesores Skichts y Kolson que vengan a verme inmediatamente —ordenó Courton al oficial, quien saludando militarmente volvió a salir para cumplimentar la orden. Wellington le miró extrañado.

—¡Pero, qué demonios ocurre…! A estas horas hacer venir a estos dos hombres… ¿En qué estas pensando, amigo Courton?

—Ten calma, Wellington, quiero saber inmediatamente si mis ideas, algunas de ellas, claro está, pueden ponerse en práctica… Si me acostara esta noche con esa duda no podría dormir.

—Y si las pones en claro te pasarás toda la noche elaborando tu estrategia y, tampoco dormirás.

Courton sonrió.

—Anda, ponme algo de beber en ese vaso, te lo ruego, necesito un poco de bebida, de lo contrario me dormiré… estoy algo cansado.

Wellington escanció un poco de aquella bebida estimulante en el vaso de Courton. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo con presteza Courton.

Se abrió la puerta del aposento por la que penetraron dos hombres. Uno de carnes y joven y, el otro, de más edad y algo grueso. Courton les dio la bienvenida y les invitó a sentarse.

—Les ruego me disculpen si les he hecho venir a una hora tan intempestiva…

—No tiene importancia —cortó el más joven.

—Bien, eso nos ahorra cumplidos —dijo Courton mientras tomaba asiento frente a ellos—. Pero lo cierto es que nuestra situación es muy delicada y necesita una urgente revisión de principios. La ciencia militar no es gran cosa si no se encuentra respaldada y asistida por la ciencia física. Es preciso una colaboración total y por esto les he llamado. Necesito de sus respectivas ayudas… Quiero que me aconsejen y me orienten en lo que yo no domino.

—Estamos a su disposición, totalmente —dijo el más viejo llamado profesor Kolson.

—Gracias, señores. Y… dígame, profesor Skichts, como especialista en energía nuclear, ¿es posible desintegrar totalmente una gran masa de nitrógeno cuya masa se encontrara en circunstancias normales de temperatura y presión?

—Es completamente posible, comandante Courton.

—Por muy grande que esta masa de nitrógeno fuere, ¿bastaría con un solo artefacto para conseguir su desintegración?

—Si se construye con una potencia proporcional a esa masa de nitrógeno, sí.

—Bien, entonces, calcule la masa de nitrógeno que envuelve a Júpiter y encárguese de construir el artefacto de la potencia que usted considere necesaria. ¿Cuánto tiempo tardará?

—Aproximadamente unos cinco días.

—De acuerdo y le ruego que me envíe un informe diario de la realización de su trabajo; necesito estar al corriente de lo que se haga en este sentido. El capitán Wellington le facilitará a usted cuantos elementos le sean necesarios para su labor.

Courton bebió un trago de aquella bebida estimulante y, acto seguido, se dirigió al profesor Kolson.

—¿Es cierto que el motor fotónico puede desarrollar una velocidad de trescientos mil kilómetros por segundo?

—Sí, comandante Courton, se acercaría bastante a esa velocidad.

—¿Y por qué no se ha usado nunca esta clase de motor?

—Sólo puede ser utilizado fuera de cualquier clase de atmósfera, es decir, en los casi prácticamente vacíos espacios siderales… No se ha usado porque una nave propulsada por un chorro de luz ha de ser, primero, transportada a campos gravitatorios nulos para ponerla en marcha y, segundo, una vez llegara a alcanzar su velocidad crítica no podría ser controlada.

Courton guardó silencio y reflexionó unos instantes.

—Dígame, profesor Kolson, ¿podrían fácilmente convertirse los impulsores de un boliciclo en motor fotónico?

—No es fácil, pero puede hacerse.

—Entonces haga la conversión de mil boliciclos.

—Para ello necesitaré unos noventa mil hombres y el trabajo es duro.

—El capitán Wellington se los pondrá a su disposición mañana al amanecer… Hombres y cuantos elementos necesite y, a propósito, ¿cuántos días serán necesarios para realizar este trabajo?

—Unos ocho días.

—Bien, encárguese también, y para ello disponga de cuantos hombres de ciencia y técnicos sean precisos, para convertir esos boliciclos en artefactos de rayos desintegradores. Quiero que se construyan a la máxima potencia y, además, con cambio automático de signo en su mecanismo electromagnético… ¿Comprendido?

—Perfectamente, comandante Courton.

—Le ruego que también me envíe su informe diario… y, nada más, señores. Les ruego que me perdonen esta molestia y de verdad les deseo mucha suerte en su nueva labor… Buenas noches.

Abandonaron el saloncito los dos hombres de ciencia y, acercándose Courton a la mesita, tomó nuevamente su vaso y bebió un sorbo de licor.

—Y, ahora, amigo Wellington, vamos a trazar nuestra estrategia definitiva sobre el nuevo plan a desarrollar para someterla a discusión mañana a primera hora a nuestros colaboradores y compañeros del Estado Mayor conjunto.

—Pero… ¿y dormir? ¿Qué no vamos a descansar? —preguntó consternado Wellington.

—No podemos descansar… Anda, bebe un trago para reconfortarte y ya dormirás al día siguiente de nuestra victoria.

Wellington se levantó refunfuñando y de un trago vació su vaso.

—Por cierto, no todo va a ser hablar de estrategia militar, espera un momento… ¿Es cierto lo que me han dicho?

—¿Qué te han dicho? —preguntó alarmado Courton.

—Que tú y… Eveline, vamos, que os queréis casar.

Courton lanzó una carcajada.

—¿Y para eso tanto misterio…? Sí, me voy a casar con ella. ¿Tienes algo que objetar?

—No, no, en absoluto, pero… mira, yo quiero mucho a mi hermana, pero a ti también te aprecio extraordinariamente… tú… ¿tú lo has pensado bien?

—Recalcitrante solterón, ¡vete al demonio!

—Allá tú —dijo Wellington encogiéndose de hombros.

—Pero ¿crees que a ti no te cazarán también…? Anda, vamos a trabajar.

—Sí, será lo mejor.

CAPÍTULO IX

TODOS los preparativos para el ataque total a las posiciones y puntos claves ocupados por los hombres de Andrómeda habían sido ultimados en el Cuartel General del planeta Saturno. La ofensiva más descomunal de la historia del Sistema Solar iba a ponerse en marcha, de un momento a otro, para aplastar a un enemigo superior en número, empleando toda clase de ingenios devastadores y todo el peso de una ciencia perfecta, fruto de milenios de constantes esfuerzos y de paciente humildad. Porque la ciencia cuando es honrada y fecunda, a pesar de su aparente soberbia, en el fondo es de una humildad infinita.

Quince días hacía que Courton se había hecho cargo de la jefatura suprema de todas las fuerzas de Saturno y con su genio militar, nada común, y dotes de mando, todo había quedado organizado y dispuesto para ese momento, para ese momento estelar de la historia de todos los pueblos del Sistema Solar.

Aquella madrugada en su Cuartel General, reunido con su Estado Mayor, rodeado de consejeros y científicos, dio la orden de empezar la operación de ataque.

El enemigo, durante esos quince días, no había realizado ni se le había podido comprobar actividad militar alguna dentro de las zonas controladas por el ejército del Sistema Solar.

Courton confiaba en que el Estado Mayor de los hombres de Andrómeda estaría todavía en la fase de organización de sus planes militares y que, ni mucho menos, esperaba tan pronto un ataque de sus fuerzas. Posiblemente estarían prevenidos contra cualquier operación de tipo comando, esporádica y de tanteo, pero la

ofensiva general y total, estaba seguro que, por el poco tiempo transcurrido, no la esperaban. Courton, como buen estratega, confiaba en la sorpresa que iba a producir al enemigo.

La astronave, la veterana astronave denominada «gran interruptor» despegó de una de las bases encabezando la primera expedición compuesta de treinta mil astronaves exclusivamente de combate. Su objetivo era lanzar una bomba de torio sobre Júpiter, núcleo principal donde estaban concentradas las fuerzas de la vanguardia enemiga y hacerla explotar en la alta atmósfera de hidrógeno del planeta con el fin de incendiarlo y dejar fuera de combate a todas las fuerzas allí estacionadas. Eliminada esta fuerza de choque, el avance hacia el interior del Sistema Solar tendría más probabilidades de éxito.

Al cabo de dos horas, todas las órdenes habían sido cursadas. Cada oficial del Estado Mayor se hizo cargo de una sección o núcleo de las fuerzas con una misión específica y, paulatinamente se fueron lanzando al espacio, coordinados todos sus elementos y objetivos con el plan general que dirigía personalmente Courton.

Un millón y medio de hombres y quinientas mil astronaves de todos los tipos se pusieron en marcha cronológicamente en busca de sus objetivos y Saturno se quedó con muy escasa guarnición y muy pocas astronaves que servirían de enlace entre las diversas bases del planeta.

Era preciso arriesgarlo todo, jugárselo todo a una sola carta, con furia fulminante, ya que en el caso de haber tomado otra decisión de muy poco hubiese servido una deficiente fuerza de reserva.

Con la decisión más vehemente y pulcramente sopesada y medida, se volcaron la totalidad de los recursos disponibles sobre el enemigo. El ataque era total; a vida o muerte y la suerte del Sistema Solar no había más remedio que ventilarla en este encuentro.

A las ocho de la mañana, Courton delegó el mando del Cuartel General en un oficial subalterno y cuando el último de los oficiales combatientes despegó con su sección o núcleo de fuerzas a cumplir su misión, nuestro comandante se dirigió a su astronave donde le esperaban Luiggi y Dick y tres ayudantes militares más, para hacerse rumbo a los espacios siderales. Eveline le siguió resuelta.

—Debieras de quedarte, Eveline querida, es muy arriesgado.

—No, André… Donde vayas tú iré yo también. No me quedo aquí, me consumirían la impaciencia y el temor. ¿No lo comprendes?

—Está bien, vamos —dijo sonriendo Courton mientras levantaba en brazos a la joven y se introducía con ella en la astronave.

Nada más entrar en la cabina de mandos y control, Luiggi accionó el aparato de cierre del escotillón exterior.

Luiggi se hizo cargo de los mandos de la astronave, Dick de la pantalla sidero-fotoscópica, dos de sus ayudantes de Estado Mayor se colocaron en sus respectivos aparatos para recibir mensajes y el otro para enviar a las distintas fuerzas las órdenes que le diera Courton.

—También hay trabajo para ti, querida… ¿Quieres hacerte cargo de la pantalla de imagen corta?

Eveline saludó militarmente y corrió al puesto que le asignaban.

La astronave insignia del jefe supremo se lanzó al espacio seguida de un centenar de boliciclos de combate que le daban escolta y pronto Saturno fue, en la pantalla que controlaba Eveline, una esfera, como un juguete, que pendía de los espacios.

A los pocos minutos se recibió el primer mensaje.

«Objetivo cubierto satisfactoriamente. Planeta Júpiter arde envuelto en llamas. Destacamentos fuerzas de choque enemiga totalmente destruidas.»

Rápidamente Courton ordenó cursaran el siguiente mensaje.

—Comuníqueles que se incorporen inmediatamente a las fuerzas del sector B, coordenada cinco y se pongan a las órdenes del comandante Gluck. En cuanto queden incorporados que avisen.

Courton se sentó en el centro de la cabina donde habían sido colocados un sillón y una mesa, sobre la cual había extendido el mapa general de operaciones. Dick, como observador de la pantalla sidero-fotoscópica le indicaba la situación de las fuerzas desplegadas estratégicamente y Courton comprobaba la situación de las mismas sobre el plano sideral.

—Luiggi, aumente la velocidad a lo máximo. Dentro de veinte minutos hemos de alcanzar a las fuerzas que manda el capitán Wellington.

Su primer piloto ejecutó lo ordenado. Comenzaron a llegar los primeros mensajes de cada sección o grupo combatiente indicando novedades y situación.

Courton contestaba a todos. Previamente comprobaba con la pantalla sidero-fotoscópica y después hacía sus correcciones en el planisferio sideral. Sus órdenes eran concisas, claras, esquemáticas. Había comenzado la lucha en el primer sector, antes de llegar al planeta Marte.

De pronto Eveline anunció.

—Las fuerzas del capitán Wellington a la vista.

—Bien, póngame en contacto directo con el capitán Wellington —ordenó a uno de sus ayudantes.

—«¿Qué hay?» —se oyó la voz algo metálica de Wellington en el altavoz de abordo.

—Oye, Wellington, despliega tus fuerzas en semicírculo de vuelo.

En aquel momento llegó el mensaje del comandante que mandaba el grupo H, en operación de diversión contra el planeta Marte.

—«Hemos atacado Marte. La respuesta son unas trescientas mil astronaves que vienen a nuestro encuentro.»

—Conteste urgente que retrocedan hacia la coordenada quinta, en cuanto traspasen este sector, que inmediatamente asciendan hasta el techo zeta. Allí se encontrarán con las fuerzas de Wellington, que las rebasen por el punto cero y después que se incorporen al sector BM.

A los pocos instantes Eveline reclamó su presencia y Courton se acercó a la pantalla de imagen corta. La formación o el grupo que había atacado a Marte se acercaba a velocidades vertiginosas haciendo la maniobra que le indicara Courton. Las fuerzas enemigas que venían en su persecución no podían ser vistas todavía por la pantalla de imagen corta. Courton se trasladó junto a Dick y maniobrando la sidero-fotoscópica localizó lo que buscaba.

Esperó unos segundos y, cuando creyó que la numerosa fuerza enemiga estaba en la situación conveniente, Courton tomó contacto directo con Wellington.

—Ahí los tienes, se acercan porque la suma de los que llegan y

vosotros sois inferiores… ¿Tienes a tu gente preparada?

—«Sí, todo preparado» —contestó su futuro cuñado.

—Ordena que lancen las «cobras» electromagnéticas.

—«Está bien… allá van.»

Courton esperó unos segundos mirando fijamente la pantalla sidero-fotoscópica, y al momento, vio millares de puntos luminosos que se dirigían a una velocidad aproximada a la de la luz hacia las fuerzas atacantes, filtrándose entre sus nutridas filas.

La pantalla grande comenzó a iluminarse con millares y millares de destellos, suponiendo cada uno de ellos una fisión termonuclear.

Corrió a la pantalla de imagen corta y junto a Eveline, muda por el asombro, pudo observar el espectáculo más alucinante que había contemplado en su vida.

Gigantescas explosiones termonucleares se sucedían ininterrumpidamente allá, al fondo, entre las filas enemigas, envolviendo a la gigantesca formación en un infierno de llamas a casi un millón de grados C de temperatura. Cuando se hubo extinguido aquella espectacular devastación pudo comprobar que de las trescientas mil astronaves que componían la formación enemiga, sólo había podido escapar a la catástrofe un centenar escaso de ellas. La victoria había sido completa.

Courton, interiormente saboreó su propia victoria. Habían caído en la trampa. La segunda fase y la más delicada de la ofensiva de sus fuerzas había sido cumplida con una rotunda victoria. A partir de este momento el enemigo estaría en inferioridad numérica ante él. Faltaba la última fase, la decisiva. Reconquistado el planeta Marte, quedaba como último bastión importante, la Tierra.

Las órdenes fueron cursadas con precisión y sangre fría a todos los grupos que formaba aquel inmenso, victorioso y repartido ejército que formaban las fuerzas del Sistema Solar. Objetivo: ataque a la Tierra en la forma prevista. Como primer paso debía de conquistarse la Luna. Desde allí partiría el ataque final.

Tres jornadas más duró la cruenta lucha. El espíritu de las fuerzas bajo el mando de Courton se elevaba combativo a cada victoria parcial que se obtenía, pero el enemigo se batía desesperadamente sabiendo que todo se lo jugaba en aquella lucha. Era un enemigo duro, valiente, suspicaz, pero se batía con la desesperación del vencido, es decir sin moral combativa, sin una

táctica coordinada, desorganizado. Courton había acertado al estimar que el ataque no lo esperaban tan pronto, pues el mayor enemigo mortal que habían tenido los hombres de Andrómeda fue la sorpresa… Después, las armas termonucleares. No pudieron sospechar que por anticuadas pudieran entrar en acción, pero combinadas con el motor fotónico, habían dado un resultado excelente.

A los tres días y unas horas, los resistentes de la Tierra y del planeta Venus, pidieron parlamentar sobre la base de un armisticio.

Courton les esperó en su Cuartel General provisional instalado en una de las llanuras rocosas del satélite terrestre y rodeado de su Estado Mayor. Cuando entraron, Courton reconoció como jefe de los parlamentarios a Kalo. Éste se estremeció.

—Comandante Courton, le felicito por su victoria —dijo Kalo mirándole fijamente. Courton guardó silencio, imperturbable, durante unos segundos y respondió:

—Le ruego exprese concretamente los puntos de vista o los deseos que motivan este acto.

Los cinco hombres que acompañaban a Kalo se miraron entre sí y éste bajó la vista al suelo

—En nombre de mi gobierno venimos a solicitar una paz honrosa y sin represalias, basada…

—No se moleste en continuar —cortó rápidamente Courton—. Nosotros no somos quienes han de atender a sus peticiones. Esto se verá en su día por las personas competentes… Dígale a su gobierno que para que suspendamos nuestras hostilidades precisan dos cosas: dejar en libertad a todos los prisioneros capturados por ustedes en Helión y, la segunda, que todas las fuerzas de Andrómeda deberán concentrarse en el continente africano, dejando libre las demás zonas terrestres. Si dentro de cinco horas no hemos tenido una contestación aceptando por parte de su gobierno estas condiciones como principio de futuras negociaciones, pasaremos nuevamente al ataque… Nada más, señores.

Y Courton dio por terminadas las conversaciones. Kalo y sus hombres se inclinaron levemente y abandonaron el Cuartel General de Courton.

—¿No crees que has estado demasiado duro con ellos, André? —preguntó Eveline acariciando la mano de nuestro comandante.

—Querida, yo no puedo negociar ni llegar a ningún acuerdo con estos hombres. Eso es competencia del Consejo Supremo del Sistema Solar, a ellos les corresponde juzgar y decidir.

Al término de las cuatro horas, Kalo y los cinco emisarios volvieron a solicitar audiencia para trasladarse al Cuartel General. Courton y su Estado Mayor se reunió inmediatamente para recibirles.

—Mi gobierno acepta su proposición —fue la lacónica respuesta de Kalo. Acto seguido se retiraron.

Y con este pequeño y sencillo acto terminó para siempre la violencia, la guerra y la desesperación de todo el Sistema Solar.

Y la paz y la tranquilidad, el sosiego y el descanso borraron la inquietud, la zozobra y la desesperación que por tanto tiempo habían acongojado el corazón de millones de gentes. La paz merecida y conquistada con sangre y sacrificio. La paz de todos.

* * *

En una pequeña ermita, a las afueras de un pequeño pueblo llamado St. Moritz, se celebró aquella mañana de primavera el enlace matrimonial de dos enamorados, felices, que habían logrado llevar la paz a sus corazones.

La ceremonia fue breve, sencilla. Una docena, a lo más, de invitados íntimos, actuando de padrino el general Balbroock. De madrina actuó la madre del novio, una viejecita de pelo cano que estuvo llorando durante toda la ceremonia. Lloraba de felicidad.

A la salida de la iglesia, después de besar a la novia los escasos concurrentes y abrazar al novio, la pareja feliz subió a un vehículo ligero tirado por un joven y esbelto caballo, marchando entre adioses y deseos sinceros de felicidad. Las manos se agitaron en el aire y a los pocos instantes, el vehículo con sus ocupantes, desaparecía en un recodo del camino festoneado por abundantes mimosas y madreselvas. La mañana era hermosa, tranquila y un olor delicioso de tierra fecunda inundaba el ambiente.

El joven, sujetando las riendas del caballo con una mano, rodeó con su brazo los hombros de su reciente mujer.

—André, soy muy feliz.

—Y yo también, Eveline.

Y guardaron silencio, ese silencio que tanto expresa cuando se

produce entre dos personas enamoradas.

—Dime, André, ¿qué acuerdo tomó ayer el Gran Consejo sobre el destino de los hombres de Andrómeda?

—Serán considerados como adoptivos del Sistema Solar. Se les concede plenamente y totalmente, por sus condiciones idóneas para ellos, el planeta Plutón. Podrán elegir su forma de gobierno, autónomo y con libertad económica, quedando integrados en la administración general como otro estado miembro del Sistema Solar… ¿Te gusta?

A la joven se le iluminó el rostro, aparecieron en sus ojos dos pequeñas lágrimas y recostando su cabeza sobre el hombro de Courton dijo suavemente:

—Ahora soy un poco más feliz.

Courton miró un momento el rostro de Eveline y bajando levemente su cabeza dio un cariñoso beso sobre la mejilla de la joven por donde resbalaban dos lágrimas de felicidad.

FIN

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.